

EL MINISTERIO DE CRISTO EN JERUSALÉN

Libro 2

PARTE I: LAS DEMANDAS DEL MINISTERIO DE CRISTO

- **Capítulo 1: Le Hicieron Una Cena**
- **Capítulo 2: Tu Rey Viene**
- **Capítulo 3: Si Yo Fuere Levantado**
- **Capítulo 4: La Piedra Rechazada por los Constructores**
- **Capítulo 5: Probándolo**
- **Capítulo 6: Ay, de Vosotros**
- **Capítulo 7: Las Señales de su Venida**
- **Capítulo 8: Estad Preparados**

PARTE II: EL CLÍMAX DEL MINISTERIO DE CRISTO

- **Capítulo 9: Judas**
- **Capítulo 10: En Memoria de Mí**
- **Capítulo 11: La Paz Os Dejo**
- **Capítulo 12: Permaneced en Mí**
- **Capítulo 13: Yo He Vencido al Mundo**
- **Capítulo 14: Yo Ruego por Ellos**
- **Capítulo 15: No Mi Voluntad**

- **Capítulo 16: El Concilio**
- **Capítulo 17: Pedro**
- **Capítulo 18: Pilato**
- **Capítulo 19: Le Tomaron y Le Llevaron**
- **Capítulo 20: Lo Crucificaron**
- **Capítulo 21: Y Dio el Espíritu**
- **Capítulo 22: Con Los Ricos Fue Sepultado**
-

PARTE III: EL TRIUNFO DEL MINISTERIO DE CRISTO

- **Capítulo 23: La Mañana del Primer Día**
- **Capítulo 24:Partiendo el Pan**
- **Capítulo 25: Tomás**
- **Capítulo 26: Apacienta Mis Ovejas**
- **Capítulo 27: Vosotros Sois Mis Testigos**
- **Capítulo 28: Tome Otro Su Oficio**
- **Capítulo 29: Pentecostés**
- **Capítulo 30: En el Nombre de Jesucristo**
- **Capítulo 31: No Podemos Dejar de Decir**
- **Capítulo 32: De Un Mismo Corazón y de Una Misma Alma**
- **Capítulo 33: Ananías y Safira**
- **Capítulo 34: Es Menester Obedecer a Dios**
- **Capítulo 35: Siete Varones de Buen Testimonio**
- **Capítulo 36: Esteban**

PARTE 1
LAS DEMANDAS DEL MINISTERIO DE CRISTO

CAPITULO 1

LE HICIERON UNA CENA

Léase Juan 11:54-12:11.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué retornó Jesús a Jerusalén?
2. ¿Por qué ungió María a Jesús?
3. ¿Cómo afectaron a los enemigos de Jesús los acontecimientos de Betania?

Introducción

En las unidades anteriores hicimos el estudio del ministerio de Cristo hasta aproximarnos a la época de su pasión. Hemos visto cómo envió Dios a su Hijo al mundo, cómo quedó instalado Jesús en su ministerio público y cómo lo desarrolló. En todo su ministerio público proclamó Jesús con palabras y hechos su autoridad como Mesías. Desde el principio de su ministerio, estas declaraciones fueron objetadas por los gobernantes de los judíos. A medida que Jesús hacía sus instancias más claras y firmes, la oposición de los gobernantes se hacía más y más violenta.

En esta unidad estamos comenzando a estudiar la Semana de la Pasión, la semana que culminó en la crucifixión de Jesús. Conforme se aproximaba la hora de su muerte, Jesús presentaba sus pretensiones valiente y nítidamente. Pero sus opositores continuaban rechazándolas y procurando poner fin a su ministerio. Sobre este conflicto vamos a enfocar nuestra atención en esta unidad. En la próxima contemplaremos los resultados de este conflicto —la crucifixión de nuestro Señor.

Resulta difícil determinar el orden de los acontecimientos de la Semana de la Pasión. Aunque casi la mitad del contenido de los cuatro Evangelios trata de esta semana, los evangelistas hicieron poco o ningún intento de presentar un relato histórico de los acontecimientos. Cada uno eligió los detalles que mejor se ajustaban al retrato de Cristo que estaban bosquejando, y los arreglaron para cumplir su propósito. Los eruditos han trabajado mucho para arreglar en orden cronológico todo este material, pero todavía existen diferencias de opinión.

Alfredo Edersheim, el erudito que escribió la notable obra titulada *THE LIFE AND TIMES OF JESÚS THE MESSIAH* (La vida y los tiempos de Jesús el Mesías), agrupó, por días, los acontecimientos de la Semana de la Pasión. Coloca la cena de Betania en el viernes anterior a la muerte de Jesús. La entrada triunfal a Jerusalén tuvo lugar el domingo siguiente. La purificación del templo y la maldición de la higuera ocurrieron el lunes. El martes fue un día muy ocupado; todos los acontecimientos y enseñanzas de que trataremos en los capítulos 3 al 8 tuvieron lugar el martes de la Semana de la Pasión. La traición y el arresto tuvieron lugar el jueves en la noche, y la crucifixión el viernes.

1. Yendo a Jerusalén

A la salida de Jericó Jesús se unió a la compañía de peregrinos que caminaban hacia el templo. Había tres razones para que Jesús regresara a Jerusalén. La primera, que Jesús sabía que su muerte estaba próxima y que él sabía que tenía que morir en Jerusalén. Segunda, era el tiempo de la Pascua. Esta era la fiesta más importante del año judío, y Jesús sintió la obligación de ir a Jerusalén a celebrarla. Tercera, el pueblo se daba cuenta de que las autoridades religiosas se oponían al ministerio de Jesús. Sabían que se habían dado órdenes de arrestarlo. Si Jesús no se presentaba, las multitudes pensarían que temía a los fariseos y escribas. Jesús quería evitar que persistiera esa falsa impresión.

2. La Cena de Betania

En lugar de llegar directamente a Jerusalén, Jesús llegó a Betania, en donde había resucitado a Lázaro. La gente de Betania se alegró tanto de verlo que le hicieron una fiesta. La cena descrita en Juan 12 no fue una cena privada sólo para Jesús, sus discípulos, María, Marta y Lázaro. Se tuvo en casa de Simón el leproso (Mr. 14:3), y había allí otros también "que estaban sentados a la mesa con él" (Jn. 12:2). Los enemigos de Jesús habían planeado capturarlo cuando no estuviera rodeado por las multitudes, porque temían al pueblo. No encontraron oportunidad de apresararlo mientras estuvo en Betania, porque allí estaba acompañado de amigos.

Mientras Jesús cenaba, María lo ungió con unguento costoso, valuado en trescientos denarios. El denario era una moneda griega, valuada en 20 centavos de dólar, aproximadamente. El regalo de María había costado mucho; un obrero, frecuentemente trabajaba todo el día para ganar un denario.

¿Por qué ungió María a Jesús? En otras ocasiones ella había manifestado grande comprensión de las enseñanzas de Jesús y un profundo amor para él. Jesús había enseñado a sus discípulos acerca de su próxima muerte. Pudo haber sido que María hubiera entendido esto mejor que los doce. Ella aprovechó esta oportunidad para mostrar su amor a Jesús, ungiéndolo para su entierro.

Judas objetó que María hubiera desperdiciado su dinero. Aquí vemos la evidencia de la codicia que condujo a Judas a traicionar a su maestro. Jesús defendió a María en contra de la crítica que levantó su acción. Las necesidades de los pobres podrían cubrirse en cualquier tiempo. Pero Jesús ya no permanecería con ellos por mucho tiempo. Ungiendo a Jesús, María mostró su devoción hacia él.

María tuvo el privilegio de expresar directamente su amor a Jesús. Nosotros no lo tenemos. Sin embargo, dijo Jesús, "A los pobres siempre los tendréis con vosotros" (Jn. 12:8). Podemos demostrar nuestro amor a Cristo, cuidando, en su nombre, a los pobres.

3. La Oposición

La historia de la resurrección de Lázaro se dijo y se repitió entre los peregrinos que venían a la fiesta. En consecuencia, muchos judíos vinieron a Betania para ver a Jesús y a Lázaro. Los principales sacerdotes vieron que muchos judíos estaban creyendo en Jesús porque Lázaro era un testimonio viviente del poder de Jesús. Por tanto, procuraron matar también a Lázaro. El extremo al que fueron conducidos los gobernantes judíos a causa de su oposición a Jesús, demuestra la terrible pecaminosidad de la naturaleza humana.

CAPITULO 2 TU REY VIENE

Léase Mateo 21:1-27.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cómo reveló Jesús que es Rey?
2. ¿Qué clase de rey manifestó Jesús que es él?

Introducción

La oposición de los gobernantes judíos hacia Jesús surgió de las declaraciones que hizo. Si él hubiera estado satisfecho con ser, simplemente, otro rabí, no se le hubieran contrapuesto. Pero él sostenía que era el Cristo. Hizo muy clara esa pretensión mediante su entrada triunfal en Jerusalén.

1. La Entrada Triunfal

Jesús había dejado la seguridad de que gozaba en Efraín para ir a Jerusalén, y al día siguiente de la cena en Betania continuó su viaje hacia la ciudad.

Solamente tenía que recorrer una corta distancia. Betania estaba tan cerca de Jerusalén que Jesús pasó las restantes noches de la Semana de la Pascua en Betania. Caminaba a Jerusalén cada mañana, y volvía a Betania cada tarde. Pero aquel viaje del primer día, de Betania a Jerusalén, fue de extraordinaria importancia, porque entonces fue cuando Jesús se presentó a Israel como el Mesías Rey.

No bastaba con que Jesús fuera aceptado como rey. Era necesario que el pueblo entendiera qué clase de rey era Jesús. Ya una vez habían tratado de hacerlo rey; pero él se había apartado de ellos porque no entendían la naturaleza verdadera de su majestad. En esta vez Jesús les hizo distinguir claramente que su reino era espiritual.

Lo hizo así por la manera en que entró a Jerusalén. El asno se utilizaba en tiempos de paz; no se empleaba en la batalla.

La entrada de Jesús a Jerusalén, montando un asno, declaraba que él era Rey de Paz, y que no se inclinaba por las conquistas terrenales. Pero hubo otra razón muy importante por la que él eligió cabalgar sobre un asno. La entrada triunfal era el cumplimiento de la profecía de Zacarías. "Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a tí, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9). Mediante su entrada en Jerusalén, Jesús proclamó a las multitudes que él era el Mesías prometido de Dios.

Pero las multitudes no entendieron el significado plenario de la entrada de Jesús. El pueblo de Jerusalén conmovido por la excitación, preguntaba: "¿Quién es éste?" La respuesta era sencilla. "Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea" (Mt. 21:11). No lo reconocían como el Cristo de Dios, sino simplemente como un gran profeta.

2. La Autoridad del Rey

Habiéndose presentado como el Mesías Rey, Jesús demostró su autoridad real. Purificó el templo arrojando de él a los comerciantes y cambiadores de moneda, tal como lo había hecho al comenzar su ministerio público (Jn. 2:13-22). Luego hizo del templo un lugar de salud, porque allí sanó a los ciegos y a los cojos. Cumplió la profecía de Isaías, "Entonces los ojos de los

ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad" (Is. 35:5 y 6).

La extensión de la autoridad de Jesús quedó demostrada en forma insólita cuando maldijo a la higuera. Las higueras producen fruto antes de tener hojas. Esta higuera estaba llena de hojas. Por lo tanto Jesús esperaba hallar fruto en ella. Pero no lo halló. Esta higuera era un cuadro de aquellos que son religiosos externamente; pero no tienen temor de Dios en sus corazones. Cuando Jesús maldijo a este árbol, se secó y murió. Esta demostración del poder de Jesús sobre la naturaleza maravilló a los discípulos. Pero Jesús les aseguró que la misma autoridad de él tendrían ellos también si tenían fe. "Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis" (Mt. 21:11).

3. Desafío a la Autoridad del Rey

Estas demostraciones de la autoridad de Jesús no convencieron a los principales sacerdotes y ancianos. Sus ojos fueron cegados de tal manera que no vieron la verdad ni aceptaron a Jesús. Habían permitido que el templo fuera contaminado; pero cuando Jesús lo purificó y lo utilizó para buenas acciones, ellos se llenaron de resentimiento. Y cuando oyeron a los niños coreando los "Hosanas" con que la multitud vitoreaba a Jesús al entrar a la ciudad, se indignaron y exigieron que Jesús los callase. En lugar de eso, Jesús con un toque de ironía les recordó lo que dice el Antiguo Testamento, "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza" (Mt. 21:16).

Por último, los adversarios de Jesús abiertamente desafiaron su autoridad. Se le acercaron en el templo y le reclamaron con qué autoridad actuaba y enseñaba. En vez de contestarles directamente, Jesús les preguntó: "¿De dónde emanaba la autoridad de Juan el Bautista, de Dios o de los hombres?" Los enemigos quedaron atrapados. No se atrevieron a negar que Juan fuera profeta porque el pueblo lo respetaba en gran manera. Pero si admitían que era profeta, Jesús les preguntaría por qué no creyeron el testimonio que sobre Jesús había dado Juan (Jn. 1:29-34). Por eso se negaron a contestar. Con esto demostraban que no andaban en busca de la verdad. Estaban, simplemente, tratando de atrampar a Jesús. Eran rebeldes resueltos a derrocar a su justo rey.

CAPITULO 3 SI YO FUERE LEVANTADO

Léase Juan 12:20-50.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué enseñó Jesús acerca de su muerte?
2. ¿Qué reacciones hubo hacia esta enseñanza?
3. ¿Por qué los hombres no creyeron en Jesús?
4. ¿Qué vino a hacer Jesús?

Introducción

Las tremendas pretensiones que Jesús manifestó mediante su entrada en Jerusalén, no fueron en vano. Sus amigos, sus enemigos y las multitudes, todos comprendieron la importancia de aquel acontecimiento. En este capítulo examinamos algunas de las reacciones a la Entrada

Triunfal.

1. Jesús y los griegos

Entre las multitudes de adoradores que habían venido a Jerusalén, había algunos prosélitos griegos, hombres que habían aceptado la religión judía. Oyeron la enseñanza de Jesús y quisieron conocerle y hablar personalmente con él. Por eso se acercaron a Felipe haciéndole su petición. Él a su vez consultó a Andrés, y ya juntos, presentaron aquella petición a Jesús. Juan no establece claramente si Jesús vio a los griegos; pero parece que su respuesta está dirigida a los griegos más bien que a los discípulos.

Los griegos que se habían convertido en prosélitos debido a su estudio del Antiguo Testamento, habían quedado impresionados por la enseñanza de Jesús. Él les mostró que su trabajo abarcaba más que la enseñanza. Como el grano de trigo que se arroja a la tierra para que produzca una nueva espiga que contenga muchos granos, así Jesús tenía que morir para traer vida a los hombres.

Su muerte cercana era tan real para Jesús que mientras la mencionaba su alma se turbó. Sin embargo, estaba resuelto a morir. Esta era la razón por la que él había venido al mundo. Mientras Jesús hablaba de su muerte, Dios el Padre habló una vez más desde el cielo y expresó su aprobación sobre la obra de Jesús.

Aunque Jesús entendió la voz del Padre, las multitudes no. Ellos la explicaron de diferente manera. Jesús les explicó el significado de la voz. Dijo que había sido enviada como testimonio de su "mesianidad", ahora que su muerte estaba cerca. El pensamiento de un Mesías que iba a morir confundió al pueblo. Se les había enseñado que el Mesías viviría para siempre. Le pidieron a Jesús que les diera mayores explicaciones. ¿Cómo podría Jesús ser el Mesías, si también se refería a él mismo como al "Hijo del Hombre" que "necesitaba ser levantado"? (Jn. 12:34). En respuesta, Jesús los invitó a creer en él. Su fracaso en entenderlo era resultado de su incredulidad. Si lo aceptaban como la Luz del Mundo, se convertirían en hijos de Luz.

2. Jesús y el Pueblo

Juan nos da un breve resumen de las reacciones de la multitud hacia Jesús. Globalmente, el pueblo no creía en él. No se debía esto a falta de evidencia, puesto que Jesús había hecho muchas señales en presencia del pueblo. Más bien, la razón estaba en que les faltaba voluntad para recibir su mensaje. Dios no había abierto sus ojos, ni suavizado sus corazones. La fe en Jesús nos llega sólo mediante la gracia de Dios, y esta gente era ajena a la gracia divina.

Había algunos judíos que creían en Jesús; pero que no lo confesaban abiertamente. Algunos de ellos ocupaban altos puestos. Si hubieran confesado que eran discípulos de Jesús, hubieran sido expulsados de la iglesia, despreciados por todos los judíos y habrían perdido sus sitios prominentes.

3. Jesús y el Padre

Era importante que la gente entendiera que Jesús no vino a la tierra para hacer su propia voluntad. Era siervo del Padre, y representaba al Padre. No habló fundado en su propia autoridad; sino en la del Padre. Por tanto, cualquiera que rechace a Jesús rechaza al Padre; y cualquiera que acepta a Jesús, acepta al Padre. Esta verdad es tan importante hoy como era cuando Jesús estuvo aquí en la carne.

CAPITULO 4

LA PIEDRA RECHAZADA POR LOS CONSTRUCTORES

Léase Mateo 21:28-2244.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué tienen en común las tres parábolas de esta lección?
2. ¿Qué enseñó Jesús mediante estas tres parábolas?

Introducción

Faltaban unos pocos días para que Jesús fuera crucificado. Desde el mero principio de su ministerio Jesús se encontró con la oposición de la jerarquía judía. Los fariseos y los saduceos nunca habían aceptado su enseñanza, aun cuando el pueblo se arremolinaba alrededor de él para oírle. Al contrario, habían rechazado sus pretensiones; se habían declarado en contra de él y por último, habían convenido en que cualquiera que declarara que Jesús era el Cristo fuera expulsado de las sinagogas.

Con frecuencia Jesús acusó de hipocresía y de auto justificación a los fariseos, saduceos y escribas. Como vimos en la entrevista que siguió a la purificación del templo, los citados no se interesaban en conocer la verdad. Su único interés estaba en dar muerte a Jesús.

Visto que se hacía claro que estos dirigentes religiosos no iban a cambiar sus caminos, Jesús comenzó a decirles lo que resultaría de su oposición contra él. Se los advirtió mediante tres parábolas que les dijo. En cada una de ellas se acentúa un aspecto diferente de la verdad; pero todas juntas enseñan una lección.

1. Sirviendo a Dios

Estas parábolas nos dan un cuadro de lo que significa servir a Dios. En la primera, este servicio se presenta simplemente como el ir a trabajar a la viña. La segunda parábola manifiesta que el servicio a Dios trae una recompensa; se entiende que los agricultores tenían derecho de tomar para ellos una parte del fruto de la viña. En la tercera el trabajo del Señor se presenta como regocijo puro; las bodas se celebran con una gran fiesta. El trabajo y el gozo que se involucran en el servicio de Dios están relacionados. No sólo viene el regocijo como resultado del trabajo; sino que el trabajo en sí es placentero. "El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre" (Catecismo Menor de Westminster).

2. Rechazan a Dios

Vemos también cómo los hombres rechazan a Dios. La primera parábola describe a los que expresan voluntad para servirlo; pero que en realidad no lo conocen. La segunda describe a los que abiertamente desafían a Dios y se rebelan contra él. En la tercera se describen dos clases de incrédulos. Unos son los que tercamente se niegan a recibir las bendiciones de Dios; los otros son los que piensan que pueden recibir las bendiciones de salvación sin abandonar el pecado ni aceptar la justicia que Dios ha provisto mediante Jesucristo.

3. Frente a Dios

Por último, estas parábolas nos permiten ver el resultado de la desobediencia a Dios. En la primera, los desobedientes quedan excluidos del Reino de Dios, en tanto que los otros entran. En la segunda, los agricultores rebeldes no solamente son destruidos, sino que el reino de Dios es dado a otros. En la tercera, los obstinados quedan destruidos y atan al orgulloso y lo arrojan fuera

del Reino. En cada caso se ve claramente que la desobediencia conduce al castigo.

CAPITULO 5 **PROBÁNDOLO**

Léase Marcos 12:13-44.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué interrogaban a Jesús los fariseos y saduceos?
2. ¿Cuál fue el resultado de este interrogatorio?
3. ¿Contra cuáles prácticas religiosas precave Jesús?

Introducción

Uno de los métodos mediante el cual los escribas y fariseos intentaron desacreditar a Jesús consistió en hacerle preguntas. Esperaban que presentándole preguntas difíciles hallarían el camino para destruirlo. En esta lección vamos a ver algunos de sus intentos para lograrlo.

1. Las Preguntas de los Opositores

Los opositores de Jesús, cuando lo interrogaban, tenían en mente el mismo objetivo; pero ensayaron diferentes maneras de lograrlo. Cuando le preguntaron acerca del tributo a César esperaban atraparlo en una de dos respuestas, considerando que cualquiera de las dos lo destruiría. Si decía que debían pagar tributo, el pueblo lo tendría como un traidor, y su influencia terminaría. Si decía que no debieran pagarlo, lo denunciarían a los romanos como un revolucionario, y los romanos lo castigarían.

Cuando los saduceos se acercaron con su pregunta acerca de la resurrección, estaban tratando de enfrentarlo a una pregunta que ellos pensaban que no tenía contestación. Querían hacerlo aparecer desconcertado ante el pueblo.

Más difícil resulta determinar la intención precisa del escriba que hizo la pregunta acerca del gran mandamiento. Según el relato de Marcos podríamos inferir que preguntaba con toda honradez y seriedad. Pero Mateo asienta que hizo la pregunta "por tentarle" (Mt. 22:35). Los rabíes con frecuencia argumentaban respecto a cuáles mandamientos eran los más importantes.

Preguntándole a Jesús cuál consideraba él más importante, el escriba podría estar tratando de que Jesús declarara con cuál de los rabíes estaba de acuerdo. Entonces los del pueblo que estuviera de acuerdo con otros rabíes probablemente abandonarían a Jesús.

2. Las Respuestas de Jesús

Resulta importante ver como esquivó Jesús cada trampa que le pusieron. En cada ocasión escapó sin dificultad. Pero hizo más. Sus respuestas fueron directamente al centro de la materia que se discutía y presentó la verdad respecto a cada tema.

Cuando Jesús fue interrogado respecto al tributo a César su respuesta estableció uno de los principios básicos que rigen las relaciones entre religión y estado. Declaró que la iglesia de Dios tiene ciertos derechos que nunca pueden ser atacados; la iglesia es independiente del estado. Pero además señaló que Dios ha instituido a los gobernantes y les ha dado determinados derechos; el estado es independiente de la iglesia. La iglesia y el estado, respectivamente, deben

ocupar el lugar que Dios les ha dado, sin que uno de ellos invada el derecho de otro.

En respuesta a los saduceos Jesús les señaló el error de su pregunta. Asumían que la vida futura debe ser tal como la presente. Jesús les dijo que la verdad no era esa. Las relaciones matrimoniales no existirán después de la resurrección.

Jesús también les mostró a los saduceos que todo su razonamiento estaba equivocado. Negaban la resurrección porque pensaban que el Pentateuco no la enseñaba. Largo tiempo habían sostenido este concepto en contra de los fariseos, y éstos nunca habían podido contestarles con un texto. Jesús regresó hasta los libros de Moisés para probar la resurrección. Dios se dio el nombre de "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob", aun después de muertos estos patriarcas. Es claro que los muertos no tienen dioses. Sólo los que viven pueden adorar. Si Dios todavía es el Dios de ellos, entonces, seguramente viven aún. Por tanto, con toda seguridad hay resurrección.

La respuesta que dio Jesús al escriba mostró a la Ley de Dios bajo su luz correcta. El Dios de Israel es el único Dios verdadero. Por tanto, debemos amarlo, y obedecerlo en amor. Este es el gran mandamiento. Si en verdad amamos a Dios, amaremos también a nuestro prójimo. Estos dos mandamientos influyen sobre todos los demás. Nadie puede guardar algún mandamiento de Dios, a menos que ame a Dios y a su prójimo. "De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mt. 22:40).

3. ¿De Quién es Hijo el Cristo?

La pregunta que Jesús hizo con respecto a la relación filial del Mesías, no fue un mero subterfugio destinado a silenciar a sus opositores. Así como las respuestas que dio a las preguntas de ellos fueron afirmaciones de verdades básicas, su pregunta tenía la intención de darles una lección respecto a él mismo. El concepto común de los judíos de que el Mesías sería hijo de David provenía de la Escritura. Pero esta no era la verdad completa. Si este hubiera sido el único requisito para ser Mesías, habría habido muchos judíos en cada generación que lo hubiera llenado. Pero Jesús señaló que el Mesías es también el Hijo de Dios. Y solamente Jesús, de todos los hijos de David, era el Hijo de Dios. El lo había declarado, y lo había probado mediante sus obras. En esta vez señaló que esto es lo que enseñaba el Antiguo Testamento.

4. La Enseñanza de Jesús

Hasta el fin de su ministerio Jesús continuó enseñando a las multitudes. Continuó exponiendo los fracasos de las prácticas religiosas comunes de su época. Es fácil que los hombres den por descontado que cualquier cosa que comúnmente se hace, es por eso, justa. Pero Jesús tenía una medida más alta para determinar lo justo —la medida de la ley perfecta de Dios. En la lección presente, y con esa medida, Jesús examinó dos facetas de la religión judía. Denunció la pretensión de los escribas que con largas oraciones, y manifestaciones públicas de religiosidad escondían sus arraigadas inmoralidades y falsedades. Enseñó Jesús, además, que Dios no aprecia nuestras ofrendas por su monto. Dijo que la mujer que había dado dos monedas pequeñas, había dado más que ningún otro, a pesar de que su ofrenda fue más pequeña que lo que estaba reglamentado dar. Había dado más, puesto que había dado todo lo que tenía. Dios no valúa nuestras ofrendas por la suma que damos, sino por la cantidad que nos queda. El conoce los motivos que nos mueven a dar.

CAPITULO 6

AY DE VOSOTROS

Léase Mateo 23.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué actitud debería haber tomado el pueblo hacia los escribas y fariseos?
2. ¿Cuáles eran los defectos de los escribas y fariseos?
3. ¿Qué predijo Jesús respecto al futuro de Jerusalén?

Introducción

La enseñanza consignada en Mateo 23, bien puede considerarse como la última que Jesús dio en el Templo. Pronunció estas palabras probablemente el martes, el tercer día de la semana de la Pasión. Y después de que abandonó Jesús el Templo (Mt. 24:1), ya no hay noticia de que haya regresado a él. Después de que Jesús fue sujeto a interrogatorio, habló de sus interrogadores. La manera en que habían procurado atraparlo, indicaba claramente que estaban más determinados que nunca a deshacerse de él. En vista de que estaban tan endurecidos de corazón y tan reacios al arrepentimiento Jesús expresó nítidamente su posición hacia ellos. Esta enseñanza no era completamente nueva. Mucho de lo que encontramos aquí, había sido dicho con anterioridad. Aquí con marcadas y categóricas palabras Jesús los denunció por la última vez.

1. Advertencias al Pueblo

Jesús comenzó su enseñanza advirtiendo al pueblo con respecto a los escribas y fariseos. No les aconsejó rebelarse contra ellos. Jesús era un reformador. Quería conservar lo bueno y mejorar las condiciones cuando fueran malas. Respetó la posición de los escribas y fariseos como maestros de la ley. Pero condenó sus malas enseñanzas y su ejemplo. Ponían pesadas cargas sobre el pueblo, multiplicando las tradiciones y las exigencias. Eran culpables de hipocresía, pues pretendían ser muy justos; pero erraban en cuanto al punto central de la ley de Dios.

Buscaban la alabanza de los hombres más que la de Dios. Jesús los condenó porque buscaban honores personales. Enseñó al pueblo a cultivar la humildad.

2. Ayes Sobre los Fariseos

Continuó Jesús su enseñanza dirigiéndose directamente a los escribas y fariseos. En una serie de siete ayes exhibió sus defectos principales. Se ha hecho notar que Mateo comenzó el relato del ministerio público de Cristo con una serie de bendiciones —Las Bienaventuranzas— y lo terminó con una serie de maldiciones. Así es, en efecto; y no obstante, deberíamos reconocer que Jesús no maldijo simplemente a los escribas y fariseos. La interjección "¡ Ay!" tiene un sentido de castigo y miseria que nos aguarda próximamente; pero contiene también una dosis de tristeza. Es como si Jesús hubiera incluido también un ¡ Ay de mí! Cuando contempló el destino que aguardaba a sus enemigos su corazón compasivo se colmó de sentimiento.

Siete de los ocho ayes de este capítulo hablan de los escribas y fariseos como hipócritas. El tercero los llama "¡guías ciegos!" En los primeros tres ayes Jesús se refiere a los escribas y fariseos tomando en cuenta sus relaciones con otros. Eran los dirigentes religiosos de los judíos. Con esta facultad amontonaban miseria sobre ellos mismos; porque impedían que los hombres entraran al Reino de Dios, conducían a sus prosélitos a la esclavitud de reglas hechas por los hombres, y enseñaban a los hombres a pecar debido a sus falsos conceptos sobre el juramento.

Los últimos cinco ayes tienen que ver con la hipocresía de los fariseos, personalmente. Esto llegó a su manifestación más completa en la enemistad que tuvieron contra Jesús. Pretendían ser siervos de Dios; pero procuraban matar al Hijo de Dios, precisamente como sus padres habían asesinado a los profetas de Dios.

3. Lamento Sobre Jerusalén

La última enseñanza pública de Jesús, registrada, es una exclamación de tristeza por Jerusalén. Allí había enseñado. Trató de entregar la palabra de Dios al pueblo; pero ese pueblo conservó invariablemente su reputación. La ciudad que asesinó a los profetas, también rechazó a Cristo y faltaba poco para que le diera muerte. Por haber rechazado al Cristo de Dios, Israel se quedaba sin las bendiciones de Dios. Y no le serán restauradas sino hasta que acepte a Cristo.

CAPITULO 7 LAS SEÑALES DE SU VENIDA

Léase Mateo 24:1-41.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué acontecerá antes de la segunda venida del Hijo del Hombre?
2. ¿Qué acontecerá en la segunda venida del Hijo del Hombre?

Introducción

Cuando Jesús por última vez salió del templo, sus discípulos llamaron su atención mostrándole los edificios del mismo templo. Jesús respondió diciéndoles que el templo sería destruido. Eso condujo a que los discípulos hicieran dos preguntas: "¿Cuándo serán estas cosas, y ¿qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?" (Mt. 24:3). En respuesta a sus preguntas Jesús inició la enseñanza que necesitaban.

La respuesta de Jesús constituye un problema para los eruditos en Biblia. A veces se ve claro que Jesús predecía la destrucción de Jerusalén que tuvo lugar el año 70 d.C. En otras ocasiones habla claramente respecto al tiempo cuando volverá en gloria. Pero los eruditos no siempre están seguros a cuál de estos dos eventos se refería nuestro Señor.

1. Todavía no es el Fin

Mateo 24:4-14 registra la explicación de Jesús respecto a lo que acontecerá antes "del fin". Probablemente "el fin" se refiere al fin del mundo, acerca de lo cual los discípulos le habían preguntado. Les dijo que no se alarmaran por las guerras, hambres y desórdenes que tendrían lugar después de su ascensión. Estas señales ciertamente indicarían su regreso; pero no su inmediato regreso. Jesús describió la perversidad, la violencia y la incredulidad que irían en aumento en el mundo. Las muchas tribulaciones que vendrían sobre el pueblo de Dios, fácilmente los llevarían a desmayar y a temer. Pero Jesús enseñó que Dios conoce todas estas cosas, y que forman parte de su plan. Las tribulaciones de este mundo no prueban que Dios ha sido derrotado, o que Cristo tenga que ser vencido por los poderes del mal.

2. La Tribulación

Los versículos 15-28 son más difíciles de explicar. Habló Jesús aquí, acerca de una tribulación que había de venir. Algunas de las afirmaciones que hizo se aplican fácilmente a la gran tribulación que los judíos sufrieron durante el sitio de Jerusalén, el año 70, d. C. Pero en el versículo 29 declara que "inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas". Parece que aquí se trata de un acontecimiento que ha de tener lugar en el futuro. Algunos han sugerido que la tribulación que tuvo lugar en el año 70, d.C., es un cuadro de la tribulación que ocurrirá inmediatamente antes del regreso de Cristo. Esto pudiera ser correcto; pero no podemos estar seguros.

3. El Regreso de Jesús

En los versículos 29-31, tenemos una breve descripción del regreso de Cristo. Claramente enseñó Jesús que tendrá dos efectos diferentes. Los que no sean cristianos llorarán cuando lo vean. Comprenderán cuan inútil ha resultado su oposición a Cristo, y que con plena seguridad van a recibir el castigo que merecen. Hasta que Cristo regrese los malvados continuarán pensando que nada tienen que temer. Los cristianos no llorarán; estarán gozosos. A su regreso, Cristo enviará a sus ángeles para que recojan a todos los cristianos y éstos estarán eternamente con él.

CAPITULO 8 ESTAD PREPARADOS

Léase Mateo 24:42-25:46.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cuál es el asunto principal de esta lección?
2. ¿De qué manera contribuyen al tema principal las dos parábolas y la profecía del juicio?

Introducción

Los discípulos habían preguntado a Jesús cuando volvería del cielo. Jesús no les había contestado su pregunta directamente. El se preocupaba de un asunto mucho más importante: Cómo debería afectar su venida a la vida diaria de los cristianos.

Algunas personas gastan mucho tiempo procurando descubrir cuándo volverá Cristo. Jesús acentuó que aquellos que lo amen deberán estar listos para su venida en todo momento. "El Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis" (Mt. 24:44). Incitó a sus discípulos a que siguieran el ejemplo del mayordomo fiel que fue recompensado con grandes comisiones. Advirtió que la negligencia será castigada.

1. Las Parábolas y la Profecía

Mateo 25 contiene dos parábolas. A éstas debemos aplicarles sus propias reglas de interpretación. Cada una está planeada para enseñar una lección espiritual. No debemos tratar de encontrar una lección espiritual en cada detalle de la parábola. Por ejemplo, el hecho de que

todas las diez vírgenes se durmieron, probablemente no tenga significado espiritual. Es un detalle que se añade para explicar por qué las vírgenes descuidadas notaron su falta de aceite sólo hasta el postrer minuto.

Jesús concluyó su enseñanza con una profecía del juicio. Ella nos permite ver lo que acontecerá cuando el Hijo del Hombre vuelva en gloria. Jesús no quiso indicar que cada detalle acontecerá precisamente como lo describió. Por ejemplo: Las palabras que dirá Jesús, las que dirán los justos y las que dirán los condenados, no se deben tomar como las que exactamente se pronunciarán en el juicio. Y sin embargo, estas palabras de Jesús se deben tomar más literalmente que las parábolas.

2. Velad y Trabajad

Las parábolas de las diez vírgenes y de los talentos explican lo que Jesús quiso indicar cuando dijo: "...también vosotros estad preparados" (Mt. 24:44). La primera parábola nos enseña que debemos ser prudentes; la segunda, que debemos ser fieles. La primera nos dice que velemos; la segunda, que trabajemos. En la primera se nos instruye para que estemos seguros de que nuestra fe es verdadera; en la segunda, para que estemos seguros de que usamos plenamente todas las oportunidades que Dios nos da.

Estas dos parábolas, por lo que dicen, nos enseñan mucho. Ya que obviamente se dirigen a los que profesan ser cristianos, nos recuerdan que debemos constantemente examinar nuestras vidas. Nos enseñan también que es posible tener una forma de piedad vacía de todo poder. Nos enseñan que Dios nos hace responsables de lo que no hacemos, tanto como de lo que hacemos. Estas parábolas ponen delante de nosotros el peligro de no alcanzar las metas que Dios nos ha asignado.

También tendremos que aprender de lo que estas parábolas no dicen. Por ejemplo, ellas nos indican cuánto los pecadores necesitan temer a Dios. La gente condenada en estas parábolas no pertenecía a la peor clase de gente. Las vírgenes insensatas tenían algo de aceite; pero no tenían lo suficiente. El criado no despilfarró el talento que se le confió, simplemente no lo acrecentó. Y no obstante, ambos, las vírgenes insensatas y el criado perezoso, fueron condenados y perdieron la bendición del reino de Dios. Si esto es así ¿cuál será el fin de los que carecen de aceite totalmente? ¿Cuál será el castigo de aquellos que derrochan su talento? ¿Qué dirá Dios al siervo a quien entregó diez talentos y fracasó en acrecentarlos? Si Dios da mayores bendiciones a quienes le sirven con más fidelidad ¿no dará mayores castigos a quienes son más impíos?

Estas parábolas también nos dan algunas ideas del cielo. En la primera parábola se compara con una fiesta de bodas. Habrá, pues, gozo en el cielo. En la segunda se le presenta como la oferta de una oportunidad para prestar más grandes servicios —"Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré" (Mt. 25:21 y 23). El cielo no es lugar para haraganear eternamente. En el cielo tendremos infinitas oportunidades para servir a Dios, y en consecuencia, gozar de él.

3. Las Ovejas y las Cabras

En la parte final de este sermón Jesús señaló al día del juicio. Todos sus oyentes creían en un juicio venidero. Creían que habría una separación entre justos y malvados. Estas doctrinas Jesús también las enseñó. Pero destacó que la medida del juicio será la relación que el hombre tenga con él. Los que le trataron con justicia, entrarán al Reino preparado para ellos. Los que le trataron impiamente serán lanzados eternamente al fuego preparado para el diablo y sus ángeles. En cualquier caso, es nuestra propia actitud hacia Cristo la que será determinativa.

Lo sorprendente en esta enseñanza de Jesús es la forma en que él determina si los hombres le trataron bien. Las naciones de ambos grupos se sorprenden al escuchar su juicio. Preguntarán: ¿Cómo puede ser esto? Y la respuesta en ambos casos será la misma: lo que hicieron con sus prójimos se lo hicieron al mismo Señor Jesús. "Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras" (Tito 3:8).

PARTE 2

EL CLÍMAX DEL MINISTERIO DE CRISTO

CAPITULO 9

JUDAS

Léase Marcos 14:1-11; Lucas 22:1-6; Juan 13:21-30; 18:1-11; Mateo 27:3-10.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué tipo de persona era Judas cuando comenzó a ser discípulo?
2. ¿Qué lo condujo a traicionar a Jesús?
3. ¿De qué manera afectó a Judas el proceso de Jesús?

Introducción

No podemos estudiar los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo sin acercarnos, cara a cara, a Judas Iscariote. El fue el traidor, el que entregó a Jesucristo en manos de sus enemigos.

Pero este acontecimiento aislado no presenta adecuadamente a Judas. La Escritura no nos dice mucho respecto a él, pero varias veces lo menciona. El retrato de Judas que presenta está lleno de instrucción y amonestación para cada uno de nosotros.

1. Judas el Discípulo

Nada sabemos de la vida inicial de Judas, salvo que era de Judea. Debe haber seguido a Jesús desde fecha muy temprana, pues Jesús eligió a los doce de entre la multitud que lo seguía. Apenas podemos dudar que aquellos a quienes escogió Jesús eran de los más fieles de entre sus muchos seguidores.

Habiendo sido elegido como uno de los doce, Judas estuvo con Jesús constantemente. Oyó las enseñanzas de Jesús y vio sus milagros. Fue enviado a predicar y a sanar y volvió regocijándose de que hasta los malos espíritus se le sujetaban. En una palabra, gozó de las mismas bendiciones y oportunidades que gozaron los otros discípulos.

Judas era hombre de talento. No sólo fue elegido como discípulo; sino que se le dio un oficio en el grupo. Era el tesorero de los dineros de los discípulos, y dirigía las compras que se hacían. Esto indicaría que tenía habilidad especial en los negocios.

Judas, como los otros discípulos, era ambicioso. ¿Recuerda usted lo que aconteció cuando Santiago y Juan solicitaron los sitios de honor en el reino de Cristo? Los otros diez se disgustaron en extremo porque todos querían los mismos lugares de honor; pero no se habían atrevido a pedirlos.

2. Judas el Ladrón

La primera indicación de la debilidad de Judas se manifestó durante la cena que el pueblo de Betania ofreció a Jesús. Usted recordará que cuando María ungió a Jesús con el ungüento de mucho precio fue Judas el que primero se lamentó de que hubiese sido mayor vender ese ungüento y haber dado el dinero a los pobres. Era tan grande su influencia entre los doce que algunos de ellos se le unieron en la expresada queja. Juan explica la crítica de Judas: "Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella" (Jn. 12:6). No sabemos con precisión cuando comenzó Judas a robar del fondo común. ¿Por qué lo hizo? Únicamente podemos suponerlo. Pero se ve con claridad que para este tiempo los hechos de Judas no estaban en armonía con lo que Jesús enseñaba. Y esta diferencia existía debido a que, en realidad, Judas no estaba en completo acuerdo con el propósito de su Maestro.

Jesús reprendió a Judas y a los otros por sus críticas contra María. Esta reprensión marcó el punto decisivo en la vida de Judas. La reprensión puede ser de grande ayuda. Frecuentemente no comprendemos la gravedad de nuestros pecados si no somos reprendidos por su causa. Pero Judas endureció su corazón cuando escuchó la reprensión de Jesús, y determinó que de cualquier modo cumpliría sus ambiciones. Habiendo dejado ya el camino de la justicia, podía fácilmente descender más y más en el camino del pecado. En consecuencia, recurrió a los enemigos de Jesús que buscaban una oportunidad para capturarlo secretamente, y se ofreció para conducirlos hacia Jesús cuando éste estuviera solo.

3. Judas el Traidor

El pacto terrible que Judas había hecho con los sacerdotes principales exigía que volviera a su lugar acostumbrado, en la compañía de los otros discípulos. Había de ser un espía en medio del grupo selecto de los que eran de Jesús. Por eso le hallamos con los demás cuando Jesús celebró la Pascua en el aposento alto.

Hay una asombrosa delicadeza en la manera en que Jesús trató a Judas. Les descubrió a sus discípulos que uno de ellos le traicionaría. Este pensamiento era tan horripilante que cada uno preguntó: "¿Seré yo, Señor?" Es seguro que Judas hizo la misma pregunta, ya que su silencio se hubiera reconocido como admisión de su culpa. Jesús no contestó Sí o No, a las preguntas del grupo; pero señaló a Judas compartiendo con él un pedazo de pan mojado en el plato común. Otra vez Judas fue encarado con su pecado y nuevamente se negó a confesarlo y a procurar el perdón. En cambio, salió del aposento para ejecutar el perverso convenio que había hecho.

En seguida encontramos a Judas en Gethsemaní. Sabía donde buscar a su antiguo Maestro, pues Jesús con frecuencia iba a este apartado sitio para orar. Luego llegó Judas conduciendo un grupo de guardias del templo para prender a Jesús allí. La señal que había dado a los soldados, mediante la cual reconocerían a Jesús en la oscuridad, demuestra cuan profundamente había caído Judas. A partir de aquella ocasión, la expresión "beso de Judas" ha servido para designar la clase más ruin de perfidia y de traición. No podríamos entender el proceder de Judas si la Escritura no declárala que Satanás había entrado a su corazón.

Aún en este punto Jesús fue bondadoso con el traidor. Todavía procuró hacer que Judas fue ra consciente de su pecado, conduciéndolo al arrepentimiento. Le dijo: "¿Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Le. 22:48). Pero no hubo arrepentimiento en el corazón de Judas. En lugar de eso fue a ocupar su sitio entre los aprehensores. ¡Cómo habrá conmovido a los discípulos el mirar a su condiscípulo con la banda de enemigos!

4. Judas el Suicida

Los evangelistas nos dan una imagen final de Judas, después del proceso de Jesús. Judas, probablemente, seguía el juicio. De alguna manera comenzó a comprender lo que había hecho. Cuando vio que Jesús fue condenado, se entristeció por lo que había hecho, y trató de devolver el dinero que los sacerdotes le habían dado. Pero ellos lo rechazaron, de manera que Judas se lo arrojó, y salió y se ahorcó.

5. Una Advertencia

No debemos menear la cabeza pensando en Judas, asombrándonos de que un hombre pueda ser tan malvado, porque la semilla de la traición también se encuentra en nosotros. Nuestras ambiciones deben someterse a la voluntad de Dios, o nos conducirán lejos de Dios. Como en el caso de Judas, si nos abandonamos a las tendencias pecaminosas, éstas nos conducirán a los más graves pecados. Confesemos cada pecado, o el hábito de pecar se nos hará más fácil, y el arrepentimiento más difícil.

CAPITULO 10 EN MEMORIA DE MÍ

Léase Marcos 14:12-31; Juan 13:1-20.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué deseaba Jesús comer la Pascua?
2. ¿Por qué lavó Jesús los pies de sus discípulos?
3. ¿Por qué instituyó Jesús la Santa Cena?

Introducción

Acontecieron muchas cosas en la noche cuando nuestro Salvador fue traicionado. Ha habido discusión en cuanto a qué noche fue esa. Generalmente se admite que Jesús comió la Pascua y fue traicionado en la noche del jueves; fue crucificado el viernes y resucitó el domingo. Una segunda opinión sostiene que Jesús instituyó la Santa Cena y fue traicionado la noche del martes, siendo crucificado el miércoles. Ambas opiniones lo enfrentan a uno con dificultades para explicar ciertos pasajes bíblicos. Por tanto, tenemos que llegar a la conclusión de que no podemos decir con exactitud cuándo fue crucificado Jesús, ni en qué noche comió la Pascua. Todavía no tenemos el conocimiento suficiente para determinar el orden exacto de los acontecimientos que condujeron a la crucifixión.

1. La Preparación de la Pascua

Se reunían en Jerusalén judíos de todo el Imperio Romano para celebrar la Pascua. Ordinariamente se celebraba por familias; pero aquellos cuyas familias estaban ausentes, formaban grupos para celebrarla juntos. Jesús y sus discípulos formaron un grupo de esa clase. Había estrecha unión entre ellos, no debido a lazos familiares, sino por una lealtad común al Salvador. "'''''''' Los discípulos necesitaban un sitio para comer la Pascua. Jesús envió dos discípulos, indicándoles que siguieran a un hombre que llevaba un cántaro con agua, el cual les

mostraría un salón en el cual prepararían la fiesta. Dando Jesús estas instrucciones demostró que sabía todas las cosas. Recordemos también las direcciones que unos días antes dio a sus discípulos para que consiguieran un asno que montar en su entrada triunfal a Jerusalén.

2. Jesús Lava los pies de sus Discípulos

En algún momento de la cena pascual, Jesús se levantó de la mesa y comenzó a lavar los pies de sus discípulos. Jesús al hacerlo, tenía dos propósitos. El primero, quería simbolizar lo que iba a padecer para que ellos quedaran limpios del pecado. Esto lo dejó bien claro en su conversación con Simón Pedro, cuando Pedro protestó por la intención de Jesús de lavarle los pies. El segundo, Jesús quiso dar a sus discípulos un ejemplo de humildad. La tarea de lavar los pies estaba reservada al esclavo más insignificante de la familia; pero Jesús era el Maestro de los discípulos.

Algunos cristianos toman las palabras de Jesús en sentido muy literal. "Pues si yo, el Señor y Maestro he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros" (Jn. 13:14). Practican el lavatorio de los pies. Sin embargo, Jesús -no intentó que los cristianos obedecieran la letra de este mandamiento. En el tiempo de Jesús y en su tierra todos los caminos eran polvorientos, y los hombres usaban sandalias abiertas al polvo. Cualquiera que fuera de una casa a otra se empolvaría los pies, aun cuando se hubiera bañado antes de salir de su casa. Por tanto, era señal de cortesía y hospitalidad lavar los pies del huésped. En un país en donde tenemos caminos y banquetas pavimentados y donde, ordinariamente, usamos zapatos y calcetines, el lavatorio de pies resulta una ceremonia sin sentido. No expresa la humildad, la cortesía y la bondad que expresaba en aquel tiempo. El mandato de Jesús significa realmente que debemos tener un espíritu amante y humilde como el suyo.

3. La Cena del Señor

Mientras comían la Pascua Jesús tomó pan y el vino que correspondía a la cena pascual e inició lo que hoy llamamos la Cena del Señor, la cual constituye el recordatorio que Cristo hace a la iglesia de su liberación de la esclavitud del pecado. Aunque los cristianos están de acuerdo en que Cristo instituyó la Santa Cena y ordenó a sus seguidores la observancia de ella, ha habido mucho desacuerdo respecto al significado de las palabras de Jesús. La naturaleza verdadera de la Santa Cena fue uno de los puntos básicos de desacuerdo entre los reformadores y la Iglesia Católica Romana.

4. El Concepto Católico Romano

La Iglesia de Roma enseña que la Cena del Señor es una repetición del sacrificio de Cristo. Llamamos a la misa un "sacrificio incruento". En otras palabras, cada vez que se celebra la misa se crucifica nuevamente a Jesucristo.

Junto con la creencia en la naturaleza sacrificial de la misa va la convicción de que el pan y el vino de la Santa Cena se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo cuando el sacerdote pronuncia las palabras, "Este es mi cuerpo". Es a causa de esta transformación que la misa puede ser considerada como un sacrificio.

5. Los Conceptos Protestantes

Los protestantes convienen en que la Cena del Señor no es un sacrificio de Cristo. La Biblia enseña con claridad que Jesús se sacrificó una vez, y sólo una vez. "En esta voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y

ciertamente, todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (He. 10:10-12).

Los protestantes convienen también en que el pan y el vino no se transforman en el cuerpo de Cristo. Reconocen que cuando Jesús instituyó la Santa Cena y dijo: "Este es mi cuerpo" no pudo haberlo expresado en forma literal. El estaba presente aún en su cuerpo. Todavía no había sido crucificado. De manera que el pan y el vino no podían convertirse en su cuerpo partido y en su sangre derramada.

Aunque los protestantes están de acuerdo en que el concepto católico romano de la Cena del Señor está equivocado, no han podido ponerse de acuerdo con respecto al significado de ésta. Verdaderamente así fue en la época de la Reforma. Los tres grandes reformadores, Lutero, Calvino y Zwinglio —no pudieron ponerse de acuerdo sobre este asunto. Sus conceptos se mantienen hasta hoy.

(1) El concepto de Lutero sostenido hasta hoy por las iglesias luteranas es casi el mismo concepto católico romano. Los luteranos no creen en que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo de Cristo, sino que el cuerpo físico de Cristo está presente con el pan y el vino. Piensan que comemos a la vez el pan y el cuerpo, y que bebemos a la vez el vino y la sangre. Esto es posible, dicen, porque cuando Jesús ascendió al cielo su cuerpo físico se hizo ubicuo. Pero no estaba presente en todas partes cuando el Señor celebró la Santa Cena por vez primera. Físicamente, Jesús estaba presente; pero los discípulos no comieron de su cuerpo. El concepto luterano acentúa demasiado las palabras: "Este es mi cuerpo".

(2) Por otra parte, el concepto de Zwinglio (sostenido actualmente por muchas iglesias bautistas) ignora las palabras "Este es mi cuerpo". Zwinglio sostuvo que la Santa Cena era nada más una cena conmemorativa que nos ayudaba a recordar la muerte del Señor. Zwinglio negó que en alguna forma especial el Señor Jesús esté presente en la Santa Cena. Los que sostienen el concepto de Zwinglio rehusan llamar sacramento a la Cena del Señor. No consideran que la Santa Cena sea un medio por el cual Dios conceda su gracia a su pueblo. (3) El concepto de Calvino, sostenido actualmente por las Iglesias Reformadas y Presbiterianas, ocupa un lugar intermedio entre los conceptos de Lutero y de Zwinglio. Calvino enseñó que Jesucristo verdaderamente está presente en la Cena del Señor. Pero está presente en sentido espiritual, no físicamente. Cuando el pan y el vino se reciben por fe, contemplamos la muerte de Jesús por nosotros, y que está simbolizada en el pan partido y en el vino vertido, y recibimos la gracia de Dios de manera especial. Esto es lo que se da a entender cuando el ministro dice: "Para que podamos, pues, ser nutridos con Cristo, el verdadero pan del cielo, no apeguemos nuestros corazones al pan y al vino materiales, sino levantémoslos hasta el cielo en donde está Cristo Jesús, nuestro Abogado, a la diestra de su Padre Celestial. ..., no dudando que seremos nutridos y confortados en nuestras almas, con su cuerpo y con su sangre, mediante la obra del Espíritu Santo, tan verdaderamente como recibimos el pan consagrado y bebemos el vino en memoria de nuestro Redentor". (Forma para la Santa Cena, de la Iglesia Cristiana Reformada).

6. Jesús Predice la Negación de Pedro

Mientras comían la pascua Jesús distinguió a Judas como al que le traicionaría. Entonces Judas abandonó al grupo y fue a buscar a los dirigentes judíos. Después de que Jesús y los discípulos terminaron la pascua y la Santa Cena, salieron del Aposento Alto y se dirigieron al Jardín de Gethsemaní, en el Monte de los Olivos. Mientras caminaban por las quietas calles de la ciudad, siguiendo primero el camino que conducía por la bajada del cerro, que en seguida atravesaba el arroyo de Cedrón, y que luego continuaba subiendo hasta el jardín, Jesús les habló

de los acontecimientos que pronto ocurrirían. Les advirtió que todos huirían, abandonándolo. Hasta les indicó que también eso estaba predicho en la Escritura. Esto todavía no sería el fin. Se recobrarían de su temor y falta de fe, y él les encontraría nuevamente en Galilea, después de que hubiera resucitado de entre los muertos.

Pero los discípulos no creyeron que tales cosas acontecerían. Como en otras ocasiones, Pedro tomó la delantera insistiendo en que nunca dejaría a Cristo. Aun después de que Cristo predijo su triple negación, Pedro insistió en que estaba listo para morir con Cristo. "También todos decían lo mismo" (Mr. 14:31).

CAPITULO 11 LA PAZ OS DEJO

Léase Juan 14.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué promesas hizo Jesús a sus discípulos?
2. ¿Qué les enseñó con respecto a las otras personas de la Deidad?

Introducción

Juan 14-17 constituye una porción excepcional del Nuevo Testamento. En estos capítulos Juan ha registrado algunas de las más profundas y más conmovedoras expresiones dichas por Jesús. Durante tres años ha estado Jesús con sus discípulos. Juntos han recorrido agotadoras millas; juntos han padecido hambre y sed. Juntos han afrontado peligros. Jesús ha llegado a conocerlos bien, y a amarlos profundamente. Sabe que su débil fe se conmovería viéndole traicionado y apresado. Por eso trata de confortarlos y fortalecerlos. Por todos los medios posibles, procura prepararlos para el acontecimiento desconcertante del cual serán testigos durante las próximas veinticuatro horas. ¡De qué manera tan notable descubrimos en estos capítulos el corazón amante de Jesús! Aunque él mismo está próximo a arrostrar el tormento y la agonía espiritual que jamás hombre alguno haya experimentado, está preocupado, por las necesidades de sus discípulos amados.

1. El Camino

Jesús comenzó su plática diciendo a sus discípulos que dejaran de estar tristes. "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí" (Jn. 14:1). Y les da buenas razones para que no se inquieten. Va hacia el Padre para prepararles un lugar. Luego, cuando ya todo esté listo los recogerá para que estén con él. Lo que es más, él les dice que ellos ya conocen el camino para llegar a él. Esto no lo puede aceptar Tomás, porque en sus dudas no puede ni siquiera entender adonde va Jesús. La respuesta que le dio Jesús es uno de los grandes versículos de la Biblia. En dicha respuesta Jesús se presenta como el Camino por el cual podemos llegar a Dios, como la Verdad por la cual conocemos a Dios, y como la Vida mediante la cual podemos vivir con Dios y en Dios. Solamente por medio de Jesucristo será posible que lleguemos a Dios.

¿Cómo se atreven los hombres a opacar esta declaración de Jesús? Los hombres siempre están buscando otros caminos hacia Dios porque no quieren recibir el que Dios les ha dado.

Quieren ganarse la salvación por sí mismos. Pero no hay otro camino por el cual alguien pueda acercarse a Dios. Solamente por medio de una relación viva con Jesucristo podemos acercarnos al Padre.

2. Cristo y el Padre

La petición de Felipe, "Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta" (Jn. 14:8), lleva a Jesús a hablar de la relación que hay entre él y el Padre. La petición de Felipe deja ver que todavía no entendía quién era Jesús. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, Felipe, sin duda, estuvo de acuerdo. Pero no entendió plenamente que eso significaba que Jesús y el Padre eran uno. Quizá otros discípulos tenían el mismo problema. Con toda seguridad que tenemos dificultad para entender la doctrina de la Trinidad; es un misterio. Pero Jesús enseñó claramente que vino a la tierra para revelar a Dios a los hombres, y que él revela a Dios perfectamente porque él mismo es Dios.

Estrechamente conectada con la declaración de Jesús, de que él y el Padre son uno, está su promesa de contestar la oración. Prometió que si sus discípulos piden algo en su nombre, él lo concederá. De esta manera, Jesús de nuevo afirma que él es Dios, porque sólo Dios puede contestar la oración. Pero a la vez dice que él rogará al Padre, y el Padre les enviará el Espíritu Santo. Aquí se exponen en perfecta igualdad dos grandes doctrinas —Jesucristo es Dios, aunque vino a la tierra para ser siervo de Dios. En consecuencia, responde a la oración, y no obstante, ruega al Padre que envíe al Espíritu Santo.

3. Cristo y los Discípulos

Aunque Cristo hablaba de dejar a los discípulos, les asegura que no los dejará huérfanos; sino que volverá a ellos. Esto tiene referencia tanto a la promesa de su retorno personal en el fin del tiempo, como a la llegada del Espíritu Santo. Mediante el Espíritu Santo Cristo habita en los corazones de los que son su pueblo. Debido a que iba a enviar al Espíritu Santo pudo decir a sus discípulos, "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20).

También les habló Jesús de la señal mediante la cual sus discípulos podrán reconocer que en verdad le amaban. Debido a que el amor es un sentimiento, resulta difícil decir si en verdad amamos al Señor. Por eso necesitamos realmente una prueba mediante la cual podamos asegurarnos de que en verdad le amamos. El proporcionó la prueba. "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama" (Jn. 14:21). Cuando probamos nuestro amor y devoción a Dios obedeciendo su Palabra, él nos promete: "El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". Jesús se manifestó abiertamente a muchos; pero se manifiesta como Salvador solamente a quienes le aman.

4. Las Bendiciones Finales

Las palabras finales de este capítulo nos traen a la memoria la historia del patriarca Jacob en el Antiguo Testamento. Cuando envejeció y le pareció que no tardaría en morir, convocó a todos sus hijos y pronunció sobre ellos sus bendiciones. Al ir Jesús acercándose a su muerte en la cruz, reúne a su derredor a sus discípulos, los que son sus hijos espirituales y a todos les confiere sus bendiciones.

Primero, promete enviarles el Espíritu Santo para que sea su Maestro. Todavía hay verdades que deben aprender, pero que no están aún listos para recibir. El Espíritu Santo les comunicaría estas verdades. Aunque durante tres años Jesús les ha enseñado, todavía hay mucho que no entienden. El Espíritu Santo les ayudará a recordar, de manera que rememoren lo que el

Señor les dijo, a la vez que puedan entenderlo.

Segundo, Jesús da su paz a sus discípulos. No la da como el mundo la da, expresando simplemente el deseo o la esperanza de que tendrán paz. Realmente les imparte calma a sus atribulados corazones. Les muestra lo que acontecerá. Señala hacia la victoria que logrará mediante una aparente derrota. Les habla de la gloria que seguirá a sus sufrimientos. A medida que aprendan a contemplar su triunfo efectivo, latente en su pasión, sus corazones rebosarán de paz.

La expresión "mi paz os doy" (Jn. 14:27) también se refiere a la paz que disfruta el pecador cuando sabe que ha sido justificado ante Dios. De consiguiente, este pasaje ha sido precioso para los cristianos de todas las épocas.

CAPITULO 12

PERMANECED EN MÍ

Léase Juan 15.

Preguntas de Preparación

1. Por qué usó Jesús la figura de la vid y los pámpanos para describir la relación que existe entre él y sus discípulos?
2. ¿Cuáles son las señales características de un cristiano?
3. ¿Cuál es la actitud del mundo hacia Cristo y sus discípulos?

Introducción

Por última vez el Gran Maestro está delante de su pequeña clase que con tanta paciencia ha educado. Su tarea de enseñar, casi está terminada. En breve, estos hombres tendrán que sentir el golpe de ver a su Maestro sufrir y morir. Tendrán que experimentar el gozo de su resurrección. Luego tendrán que continuar representando a su Maestro en un mundo que yace perdido en las tinieblas del pecado.

En el capítulo 14 del Evangelio según San Juan están registradas las palabras de aliento de nuestro Salvador. En el capítulo 15 encontramos sus palabras de instrucción; aquí Jesús enseña a los discípulos acerca de su relación con ellos; de la relación entre discípulo y discípulo, y de la relación de los discípulos con el mundo.

1. La Fertilidad

La primera parte de esta lección trata de la fertilidad. Jesús usa la figura de la vid para enseñar a sus discípulos que deben ser fructíferos. Todos los detalles coinciden en este punto principal. El Padre está representado como el labrador que cultiva la vid, corta y quema los pámpanos sin fruto, y poda los pámpanos fructíferos, para que lleven más fruto. Para la vid dar fruto es lo normal y lo natural. De la comparación establecida por Jesús resulta que también es lo normal y lo natural para un cristiano. De hecho es la señal característica del cristiano. Un discípulo que no lleva fruto no tiene parte con Cristo.

¿Qué fruto han de llevar los discípulos? ¿Es la santidad personal, o es el éxito en sus labores, es decir, muchos convertidos? Probablemente sean ambas cosas. Jesús dice a sus discípulos que ellos están para continuar el trabajo de su Maestro y que él les dará cuanto

necesiten. Una parte del deber de los cristianos es asemejarse cada vez más a Jesucristo mediante el crecimiento en santidad. Otra parte del deber cristiano es testificar ante los hombres a favor de Cristo. Los cristianos realmente continúan la obra de Cristo solamente cuando cumplen fielmente con estos dos deberes.

Puede ser que no sepamos si Cristo nos utiliza para traer a otros a la fe en él. Pero lo que sí podemos saber es si estamos viviendo con fidelidad para él, y hablando a otros respecto a él. Si hacemos estas cosas estamos dando fruto para él.

¿Cómo lograremos ser fructíferos? Permaneciendo en Cristo. ¿Cómo podemos hacer esto? ¿Hay una fórmula mágica? Absolutamente ninguna. Permanecer en Cristo es permanecer en su amor. El nos amó antes de que nosotros le amáramos. Cuando pongamos nuestra confianza en Cristo, llevaremos fruto.

Hay una señal por la que sabemos si estamos permaneciendo en Cristo. "Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn. 15:10, 12). Esta es también la señal mediante la cual otros sabrán que pertenecemos a Cristo. "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:35).

2. Amaos Unos a Otros

Jesús dice a sus discípulos que deben amarse uno al otro porque él los amó primero, y ciertamente, él les ha manifestado la más grande expresión de amor al entregar su vida por sus amigos. Y les recuerda que ellos son sus amigos si obedecen sus mandamientos.

Jesús demostró su amor para sus discípulos tratándolos más como amigos que como siervos. Todavía eran siervos en el sentido de tener que obedecerlo; pero les trató también como amigos instruyéndolos respecto a la voluntad de Dios. A los siervos, simplemente, se les ordena que obedezcan; a los amigos se les explica por qué tienen que obedecer. Al revelarles el plan y los propósitos de Dios, Jesús dio pruebas de que los amaba. El amor de Jesús por sus discípulos apareció cuando los escogió para ser apóstoles. A la amable elección que de ellos hizo Jesús se debió que prosiguieran como sus siervos, y llevaran fruto y que pudieran estar seguros de que el Padre celestial contestaría sus oraciones. Esta afirmación es verdadera, en forma especial tratándose de los apóstoles. Jesús personalmente los preparó para ser apóstoles. Pero también es verdadera en cada cristiano. Venimos a Cristo Jesús porque él nos ha elegido y nos ha designado para ser sus siervos. Y porque él nos ha amado tanto, debemos amarnos unos a otros.

3. Aborrecidos del Mundo

Jesús advirtió a sus discípulos que serían aborrecidos por el mundo. El mundo aborreció a Cristo; aquellos que pertenecen a él deben esperar el mismo trato. Y este odio cae sobre cada cristiano nada más porque Cristo nos eligió de entre el mundo. El nos ha hecho diferentes, y el mundo nos odia porque somos diferentes. Somos siervos de Cristo y el mundo odia a nuestro Señor. El mundo odia a Jesús porque también aborrece a Dios. Si no ama a Dios, no puede amar a su Hijo. Si no ama al Hijo, no puede amar a aquellos que le sirven.

¿Por qué odia tanto el mundo al Hijo? Porque el Hijo manifestó a los hombres pecadores qué tan tremendamente pecadores eran. Por medio de su vida y de su enseñanza reveló la perfecta santidad de Dios. Cuando los hombres veían la santidad de Jesús recordaban su propia y personal pecaminosidad. No estaban dispuestos a admitir que fuesen pecadores; por tanto, tenían que odiar a Jesús que les señalaba los pecados que tenían.

Si el mundo odiaba a Jesús ¿cómo podrían los apóstoles esperar que los hombres creyeran en él? Uno podría pensar que este odio del mundo haría imposible el trabajo de los apóstoles. Pero Jesús prometió que él mandaría al Consolador, que es el Espíritu de verdad. El trabajaría juntamente con los discípulos. Cuando ellos dieran testimonio del evangelio de Cristo, el Espíritu Santo testificaría en los corazones de los hombres. Y a causa de que Dios operaría en los corazones de los hombres, los apóstoles podrían esperar que los hombres creyeran a su mensaje. Y esto es verdad todavía. Los hombres creen al evangelio porque el Consolador aún hoy, da testimonio de Jesús.

CAPITULO 13

YO HE VENCIDO AL MUNDO

Léase Juan 16.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué aguardaba el futuro para los discípulos?
2. ¿De qué manera los sufrimientos de Cristo, produjeron mejores cosas para los discípulos?

Introducción

En Juan 14-16 se registra el mensaje final de Jesús para sus discípulos antes de que fuera crucificado. En Juan 14 encontramos sus palabras de consolación; en Juan 15 sus palabras de instrucción; en Juan 16 encontramos sus palabras de ánimo.

1. ¿Qué Aguarda el Futuro?

Cristo no animó a sus discípulos prometiéndoles un futuro color de rosa. Al contrario, les dijo que esperaran persecución y aun excomunión. En pocas palabras, deberían esperar el mismo trato que Cristo recibió de sus enemigos. Pues, por razón de que los hombres no aman a Dios ni al Señor Jesucristo, persiguen a los discípulos de Cristo. Hasta hombres que son religiosos persiguen a los seguidores de Cristo. Esta enseñanza nos trae a la memoria las palabras del Sermón del Monte: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gózaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mt. 5:11 y 12).

2. La Nueva Revelación

Dentro de su mensaje final Jesús ha estado entretejiendo la idea de que pronto va a dejar a sus discípulos. Esto les produjo inmensa tristeza. No soportaban la idea de que Jesús fuera a dejarlos. Ahora iba Jesús a mostrarles que su partida realmente sería para beneficio de ellos. Antes no se los había dicho porque todavía estaba con ellos. Tal clase *de* instrucciones no se necesitaban sino hasta que estuviera cercana su partida. Ahora había llegado la hora de hacerles esta nueva revelación. Y cuando Jesús se hubiera ido, los discípulos necesitarían todavía más revelación. Surgirían en la mente de ellos nuevas preguntas que tendrían que ser contestadas. Por esta razón Cristo prometió que el Espíritu Santo vendría a ellos como Maestro y los guiaría a

toda verdad. Aquí vemos desplegado el amor de Cristo para todos sus discípulos. Los proveyó con el conocimiento que necesitaban en el momento en que lo necesitaban. Los condujo en su compañía hasta que, finalmente tuvieron un completo entendimiento de la maravillosa obra de redención de su Maestro.

3. Tristeza Convertida en Gozo

La idea de que Jesús iba a dejarlos, y en seguida iba a volver a ellos, era demasiado difícil para que los discípulos la entendieran. Comenzaron a preguntarse uno al otro de qué estaría hablando Jesús. El entendió su confusión y por eso quiso darles más luz acerca de su partida. No trató de dar una descripción verbal de su crucifixión. No hubieran sido capaces de entender su muerte sino hasta que realmente hubiera acontecido. En cambio, les retrató la tristeza que experimentarían con su partida, y el gozo de que se llenarían cuando lo vieran otra vez. Este gozo nunca lo perderían. En el gozo estaría incluida una nueva y más estrecha relación con el Padre. Podrían orar en el nombre de Jesús y tener la seguridad de que sus oraciones serían contestadas.

Jesús había enseñado a sus discípulos usando "dichos oscuros". Pero la hora estaba cerca, cuando eso terminaría. Pronto volvería a su Padre, y entonces sería posible decirles todas las cosas claramente. Esto ayudó a los discípulos. Le dijeron que ya podían entenderlo, y creyeron que Jesús había venido de Dios. En realidad, no tenían todavía una fe fuerte, o una comprensión clara de las palabras de Jesús. Cuando llegara la hora en que Jesús fuera arrestado todos se dispersarían y lo dejarían enteramente solo, para enfrentarse a sus enemigos.

El último versículo de Juan 16 es el resumen de lo que Jesús había acentuado en toda esta plática con sus discípulos. "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo" (Jn. 16:33).

CAPITULO 14 YO RUEGO POR ELLOS

Léase Juan 17.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por quiénes ora Jesús en el aposento alto?
2. ¿En favor de qué ora Jesús?

Introducción

Después de que Jesús concluyó su plática con los discípulos, él oró. Probablemente esta oración, como también la plática, tuvo lugar en el aposento alto, antes de que salieran para el Jardín de Gethsemaní. No se debe confundir esta oración con la que hizo en el huerto. El tono de las dos oraciones es totalmente diferente. En el jardín, Jesús estaba concentrado en los sufrimientos que ya pronto iba a encarar. Aquí está preocupado por el futuro de su iglesia.

1. Glorifica a tu Hijo

En esta oración, que es la última oración pública de Cristo antes de su pasión, nuestro Salvador no pidió por sí mismo. Es cierto que comienza con la petición "glorifica a tu Hijo",

pero da la razón de su ruego —"para que también tu Hijo te glorifique a Tí" (Jn. 17:1). El Hijo ya ha glorificado al Padre por medio de su ministerio terrenal. Ya está listo para volver a la gloria celestial, de manera que allí pueda seguir glorificando a Dios. En esta oración, Jesús tiene dos grandes objetivos en mente: la gloria de Dios y el bien de sus discípulos.

2. Los que me diste

La mayor parte de la oración de Jesús es por sus discípulos y por aquellos que posteriormente creerán en él. ¡Pensad cómo habrán sentido los discípulos mientras él oraba! El les había dicho que iba a sufrir. Les había anunciado que ellos lo abandonarían en su hora de necesidad. Pero ahora, lo escuchan derramando su corazón delante del Padre a favor de ellos. En esta hora, cuando Jesús se enfrenta a sus más profundos sufrimientos, tiene mayor preocupación por ellos que por él mismo.

Al orar por los discípulos, en realidad Jesús está orando también por otros, además de los doce. Dice: "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Jn. 17:20). Está orando por todos los que le dio el Padre y que creen que él fue enviado por Dios.

En esta oración Jesús hace cuatro peticiones por sus discípulos:

1. Pide que queden guardados por el Padre. No pide que su pueblo sea separado del mundo, sino que pueda vivir en él; pero resguardado del maligno. En medio de un mundo que los aborrece, sólo pueden hallar seguridad en el poder vigilante de Dios.
2. Jesús ruega que su pueblo sea santificado. Quiere que su pueblo crezca en santidad. Y esto se cumple por la verdad de Dios, en cualquier tiempo que los hombres crean la verdad, vivirán en obediencia a Dios. Perseverando en el estudio de las Escrituras siendo éstas aplicadas por el Espíritu Santo a nuestros corazones, creceremos en santidad.
3. Jesús ora por la unificación de su pueblo. Quiere que la iglesia exhiba ante el mundo la misma clase de unidad que existe entre el Padre y el Hijo. Una iglesia unida es un testimonio para un mundo dividido. El mundo reconocerá que una religión que de tal manera fomenta el amor, tiene que ser de Dios. Jesús ruega por esta unidad, "para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Jn. 17:23). Ciertamente esta oración de Cristo no ha sido cumplida en la presente época, pues la iglesia está dividida en gran manera. Pero, seguramente la oración de Cristo en favor de la unidad tiene que ser contestada. De qué manera hará Dios esto, no podemos saberlo. Pero debemos orar y trabajar por la unidad, porque traerá gloria para Dios.
4. Jesús pide que Dios glorifique a su pueblo. No se siente satisfecho con que ya, próximamente, él será glorificado. Quiere compartir su gloria con su pueblo. Quiere que contemplen su gloria eterna y que participen de sus bendiciones.

CAPITULO 15

NO MI VOLUNTAD

Léase Mateo 26:36-56.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué tuvo Jesús que sufrir la agonía de Gethsemaní?
2. ¿Cuál fue la actitud de Jesús durante la traición y el arresto?

Introducción

En el aposento alto Jesús oró por sus discípulos; en Gethsemaní oró por sí mismo. ¿Qué diferencia entre estas dos oraciones !

Jesús y los discípulos habían dejado el aposento alto en donde habían comido juntos la cena de la Pascua, en donde Jesús les había instruido acerca de su partida y su regreso, y en donde él, el Gran Sumo Sacerdote, había orado por su pueblo. Habían caminado por las calles de Jerusalén en donde las luces en muchos hogares indicaban que la cena de la Pascua aún no terminaba. Cruzaron las puertas de la ciudad y bajaron por la empinada vereda que conducía al Valle del Cedrón. La luna llena arrojaba una pálida luz sobre el paisaje, y el arroyo de Cedrón, después de las lluvias del invierno, corría por su cauce con toda su magnitud. Cuidadosamente cruzaron el arroyo y siguieron la subida hacia el otro lado del valle. Iban hacia el Jardín de Gethsemaní. Aquí, en esta quieta arboleda tan cercana a Jerusalén, Jesús había venido frecuentemente a refrescar su alma. En esta vez, mientras las horas de su ministerio público se extinguían, volvía a este santuario para tener una última hora de comunión con su Padre celestial.

1. La Oración en el Jardín

Al llegar al jardín, Jesús dijo a sus discípulos que lo esperaran a la entrada. Pero señaló a Pedro, Santiago y Juan para penetrar con él al jardín. Ya a alguna distancia de la entrada descubrió a los tres discípulos la profundidad de la tristeza que inundaba a su alma. "Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo" (Mt. 26:38). Entonces fue a orar. Tres veces oró, y después de cada vez, cuando volvía a donde estaban los tres discípulos, los hallaba durmiendo. Amablemente los reprendía. "Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26:40-41). Pero cada vez sus cansados ojos se negaban a abrirse y seguían dormitando. ¿Qué escena! Pedro y los otros discípulos que tanto habían insistido en que jamás desertarían de su Maestro, ni siquiera podían estar despiertos con él.

¿Qué pedía Jesús? Aunque las palabras con las que oró en las tres veces difieren ligeramente, el pensamiento en realidad era el mismo. Rogaba al Padre que apartara de él la copa, si era posible. Oraba para que fuera hecha la voluntad del Padre.

Cuando Jesús rogaba que se apartara de él la copa, se refería a la copa de sus sufrimientos. El sabía que debía morir. Sabía que debía morir como el portador de todos nuestros pecados. Los pecados de todo su pueblo serían puestos sobre sus hombros, y él sería considerado como el culpable de todos esos pecados. Sabía que su Padre celestial tendría que abandonarlo. Era un pensamiento terrible. La consideración de que tendría que afrontar estos sufrimientos era casi más de lo que nuestro Señor podría soportar. Por eso pidió que si era posible, se le dispensase. Había venido al mundo para salvar pecadores, "para dar su vida en rescate por muchos" (Mr. 10:45). Siempre obedeció a este propósito. La idea que había tras de su oración al Padre, era esta: Padre, si es posible que salves al pueblo que me diste sin que yo pague el espantoso precio de la cruz, hazlo así, Pero si no hay otro camino, y puesto que tú me has enviado para este propósito, alegremente me entrego a tí para que me uses como el Salvador sufriente de los hombres. Que tu plan perfecto se cumpla en mí.

2. La Traición

Mientras Jesús hablaba con sus discípulos, un grupo de hombres armados con espadas y palos iba siguiendo la misma senda por la que el Maestro había conducido a sus seguidores,

apenas un rato antes. El destello de las linternas parpadeaba entre las enmarañadas ramas a medida que subían por la cuesta, desde el Cedrón hasta Gethsemaní. Jesús sabía quienes eran. Y dijo: "Levantaos, vamos; ved, se acerca el que me entrega" (Mt. 26: 46). Jesús podría fácilmente haberse deslizado fuera del jardín esquivando a los soldados que venían para apresarlos; pero caminó al encuentro de ellos.

En la oscuridad del jardín, Judas señaló a Jesús besándolo. Con este acto solapado Judas cumplió su diabólico compromiso con los principales sacerdotes. Les hizo posible que Jesús fuera arrestado en un lugar tranquilo en donde no existía peligro de tumulto.

Jesús podía fácilmente haber evitado su aprehensión aún estando cara a cara con los soldados. Le dijo a Pedro que Dios podía haberle dado doce legiones de ángeles con sólo habérselas pedido. Pero no quiso semejante guardia celestial. Voluntariamente se entregó a la guardia de soldados. Aun cuando lo ataron como a cautivo que pudiera tratar de escaparse, no protestó. Todo aconteció conforme al plan de Dios. Así lo habían predicho los profetas del Antiguo Testamento.

CAPITULO 16 EL CONCILIO

Léase Juan 18:12-23; Marcos 14:53-65; Lucas 22:66-71.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué diferencia había entre el propósito de la reunión del concilio y el propósito de un tribunal legal?
2. ¿De qué recursos echó mano el concilio para poner por obra su propósito?
3. ¿De qué cargo se valieron para condenar a Jesús?

Introducción

Durante el ministerio de Jesús, sus opositores con frecuencia trataron de matarlo; pero no lograron tal cosa porque la hora del Señor no había llegado. Por fin llegó sobre Jesús su hora de tinieblas. Fue entregado en las manos de sus enemigos que no perdieron tiempo para enviarlo a la muerte.

1. Ante Anas

Después de que Jesús fue arrestado en el Gethsemaní, los soldados le condujeron a la casa de Anas. Aunque Anas había sido depuesto como sumo sacerdote por los romanos, él era quien mandaba, detrás del sumo sacerdote reinante, Caifas, que era su yerno.

Resulta difícil reconstruir los acontecimientos de aquella noche a través de los breves comentarios consignados por los evangelistas. Es probable que no tengamos ningún registro de lo que pasó en la casa de Anas, lo cual Juan consigna como una conversación privada entre Jesús y Caifas, Marcos lo describe como la primera reunión del concilio, y que Lucas relata como la primera reunión formal del concilio al amanecer.

2. Ante Caifas

Todavía era de noche cuando Jesús fue traído a casa del sumo sacerdote. Había sido convocado el Sanedrín; pero aún no llegaban sus miembros. Por eso aprovechó Caifas la

oportunidad de hablar privadamente con el prisionero. No le interesaba aclarar si Jesús era culpable o inocente. Ya había decidido lo que iba a hacer con Jesús. "Y era Caifas el que había dado consejo a los judíos, de que era necesario que un hombre muriera por el pueblo" (Jn. 18:14).

Caifas preguntó a Jesús respecto a sus discípulos y a su enseñanza. Jesús nada dijo de sus discípulos, y se negó a explicar su enseñanza, recordando a Caifas que él había enseñado públicamente donde cualquier judío podría haberle escuchado. Había muchos que escucharon sus palabras; ellos podrían rendir testimonio.

3. Ante el Concilio

Entretanto, el concilio se había reunido, supuestamente con el propósito de juzgar a Jesús. Sin embargo, los expertos en derecho judío han señalado muchos aspectos en los que este juicio fue ilegal. Este no fue una corte legal; fue una reunión de los enemigos de Jesús para decidir cómo lo asesinarían.

Al principio, el concilio buscó testigos falsos en contra de Jesús. Pese a todo, no pudieron encontrar dos que concordaran. Aun aquellos que trataron de torcer las palabras de Jesús con respecto a la destrucción y reconstrucción del templo, no pudieron coordinar sus testimonios. Y a todas estas manifiestas mentiras, Jesús no contestó una palabra.

La causa en contra de Jesús estaba en peligro de venir por tierra. Caifas sabía lo que tenía que hacer. Conjuro a Jesús. "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Mt. 26:63). Una vez juramentado, Jesús no podía guardar silencio, y hablaría verdad. Contestó: "Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo" (Mr. 14:62).

Esto era todo lo que el Sanedrín necesitaba. El sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y declaró que lo dicho por Jesús era blasfemia. Convinieron los miembros del concilio y dijeron que Jesús era digno de muerte. Entonces, después de golpearle y escupirle, lo entregaron a los alguaciles que también lo recibieron a bofetadas.

Pero el Sanedrín todavía no terminaba con Jesús. Aunque dijeron que debía morir, no tenía autoridad para infligir la pena de muerte. Por tanto tenían que remitir a Jesús ante Pilato y persuadir al procurador romano de que lo sentenciara a muerte.

CAPITULO 17 PEDRO

Léase Mateo 26:31-35, 69-75; Lucas 22:54-62; Juan 18: 10-18, y 25 al 27.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué clase de hombre era Pedro?
2. ¿Por qué negó Pedro a Cristo?
3. ¿Cómo quedó afectado Pedro por haber negado a su

Maestro?

Introducción

Uno de los momentos más lóbregos de la pasión de Jesús se presentó cuando el apóstol Pedro lo negó. Esta negación sobresale en el relato evangélico como un recordatorio de que aun el más excelente cristiano puede a veces fallarle al Señor. La lección que aquí se nos da es tan clara que no podemos ignorarla. Sin embargo, para entender este acontecimiento correctamente, debemos examinarlo a la luz del carácter de Pedro y de su conducta anterior.

1. Pedro Como Dirigente

Ud. recordará que Pedro era pescador en el Mar de Galilea. Fue uno de los primeros discípulos de Jesús. Fue uno de los tres discípulos a quienes Jesús tomaba consigo en ciertas ocasiones especiales. Es evidente que muy pronto se convirtió en el portavoz de todo el grupo. Por ejemplo, cuando Jesús preguntó, "Y vosotros, quién decís que soy?" (Mt. 16:15). Jesús se dirigía a todo el grupo. Pero fue Pedro el que contestó: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mt. 16:16). Contestó por todo el grupo y luego Jesús se dirigió a los discípulos, por medio de la respuesta que dio a Pedro.

Pedro era impetuoso; era precipitado para hablar y a veces hablaba sin pensar. Cuando él, Santiago y Juan presenciaron la transfiguración de Cristo, fue Pedro el que sugirió que construyeran tres cabañas para que pudieran permanecer en la montaña con Moisés y Elías. Y Marcos comenta: "Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados" (Mr. 9:6).

2. La Jactancia de Pedro

Cuando Jesús y los discípulos abandonaron el aposento alto, Jesús predijo que todos le desampararían en aquella noche. Impetuoso como siempre, Pedro insistió en que él nunca dejaría a Jesús. Aun después de que Jesús declaró que Pedro le negaría tres veces, Pedro insistió en que no lo negaría aun cuando tuviera que morir.

Es bueno que recordemos que Pedro no estaba solo en su confianza personal. Todos los discípulos hicieron la misma promesa (Mt. 26:35). Santiago y Juan también habían declarado delante de los otros que podían sufrir juntamente con Cristo (Mr. 10:38-39). Así que, Pedro no estaba solo en la noche de la traición; cada uno de los discípulos había insistido en que permanecería con Jesús. Sin embargo, Pedro encabezó la jactancia, y por eso constituye un pobre ejemplo para aquellos que lo consideran como cabeza dirigente.

3. La Hora Más Negra de Pedro

Llegada la hora de la traición todas las confiadas declaraciones se olvidaron. Pedro trató de proteger a su Maestro con el filo de su espada. Pero después le faltó el valor y se unió a los otros que huyeron a la protección de las tinieblas circundantes.

Aunque le faltó valor a Pedro en aquel momento, fue uno de los que primero lo recobraron. Cuando ya no se escuchó rumor de persecución, Pedro no sólo se detuvo en su carrera; sino que regresó cautelosamente, y desde una distancia prudente observó cómo los soldados ataban a Jesús y lo llevaban hacia Jerusalén. A medida que el grupo se retiraba Pedro lo seguía, indudablemente a bastante distancia y pegándose a las sombras.

En algún lugar del camino se encontró con Juan que también había regresado. Juntos siguieron a la turba hasta que introdujeron a Jesús a la casa del sumo sacerdote. Aquí Juan era conocido, y logró la entrada para él y para Pedro. Quizá haya podido entrar a la casa mientras

Pedro permanecía en el patio. De cualquier modo, fue en el patio donde tuvo lugar el drama de la negación.

La historia de las tres negaciones de Pedro es bien conocida.

De nuevo le faltó el valor. Había querido hacer frente a los soldados con una espada; pero no pudo enfrentarse a las acusadoras y penetrantes miradas del grupo que estaba en torno al fuego.

El pecado de Pedro, sin duda, fue grave. Pero hubo una grande diferencia entre el pecado de Pedro y el de Judas. Pedro pecó en un momento de flaqueza; Judas traicionó a Cristo como resultado de un plan predeterminado. Pero más importante que eso es la diferencia de las reacciones de estos dos hombres. Cuando la conciencia de Judas le hizo sentirse convicto, se suicidó. Cuando Pedro llegó a una convicción semejante huyó llorando y procuró el perdón. El pecado de Pedro nos sirve de advertencia, a fin de que seamos cuidadosos para no negar también a Cristo. El arrepentimiento de Pedro es un ejemplo para nosotros cada vez que pecamos.

CAPITULO 18

PILATO

Léase Lucas 23:1-25; Juan 18:28-19:16.

Preguntas de Preparación

1. ¿Quería Pilato crucificar a Jesús?
2. ¿Cómo persuadieron a Pilato los sacerdotes y escribas para que condenara a Jesús?
3. ¿Cómo fue maltratado Jesús en este proceso?

Introducción

El Sanedrín había examinado a Jesús encontrando un pretexto para condenarlo. Pero no podían ejecutarlo porque la pena capital estaba más allá de sus facultades. Por eso llevaron a Jesús ante Pilato, el gobernador romano. Sus acciones en el pretorio revelan su hipocresía. Condenaron a un hombre inocente y lo entregaron a Pilato para que lo ejecutara; pero no quisieron entrar al pretorio porque eso los habría hecho ceremonialmente impuros e incapaces de continuar con las festividades de la pascua. Más aún, no le dijeron a Pilato la verdadera razón para condenar a Jesús.

1. La Actitud de Pilato

Probablemente, esperaban los judíos una cooperación completa de parte de Pilato, puesto que les había proporcionado algunos soldados que ayudaran al prendimiento de Jesús. Quedaron sorprendidos y desconcertados cuando exigió información sobre los cargos que tenían en contra de Jesús, y cuando les dijo que manejaran ellos mismos el asunto. Pero ellos no podían ejecutar a Jesús, a menos que Pilato lo sentenciara, por eso acusaron a Jesús de traición. Dijeron que Jesús pretendía ser rey y que sublevaba al pueblo en contra de Roma.

Tomando en cuenta este cargo, Pilato examinó a Jesús. En contraste con su silencio de otras ocasiones, Jesús contestó las preguntas de Pilato. Explicó que su reino era espiritual y trató de interesar a Pilato en asuntos espirituales. Pero los intereses de Pilato se reducían sólo a este mundo. Su pregunta: "¿Qué es verdad" (Jn. 18:38), demuestra indiferencia a la enseñanza de

Jesús. Pilato no esperó ni quería la respuesta.

Por las preguntas que hizo a Jesús, Pilato entendió que se trataba de un galileo. Esto indicaba que era subdito a Herodes. En este tiempo Herodes estaba en Jerusalén, así que Pilato, para sacudirse este problema, envió a Jesús a Herodes para que le juzgase. Pero Herodes estaba interesado únicamente en satisfacer su curiosidad respecto a Jesús. Cuando Jesús no quiso contestar a sus preguntas, ni realizar algún milagro, Herodes lo devolvió a Pilato.

2. El Problema de Pilato

Cuando Jesús regresó al pretorio, Pilato trató de encontrar razones para soltarlo. Es difícil entender lo que pasaba en la mente del gobernador en estos momentos. Había quedado impresionado por el tranquilo aire de confianza de Jesús (Mt. 27: 19). En alguna forma este gobernador romano había llegado a sentir que debía eludir complicaciones en esta maquinación judía.

Pilato estaba acostumbrado a soltar un preso en la pascua de cada año. Propuso soltarles ya fuese a Jesús o a Barrabás. Estaba seguro de que la multitud elegiría a Jesús, porque Barrabás era un asesino. Pero los principales sacerdotes incitaron a la multitud a pedir la libertad de Barrabás, y Pilato no pudo hacerles cambiar de parecer.

Entonces Pilato entregó a Jesús para que lo azotaran. Este castigo, con frecuencia resultaba tan severo que un escritor romano lo llama "la muerte intermedia". Después de azotarlo, los soldados vistieron a Jesús como rey, burlándose de él, con una corona de espinas en su cabeza. De nuevo Pilato presentó a Jesús al pueblo. Mirarle despertaba compasión, y Pilato declaró otra vez que no hallaba culpa en él. Pero la multitud, agitada por sus dirigentes, exigió que Jesús fuera crucificado.

Entonces Pilato probó otro camino. Pidió agua y se lavó las manos (Mt. 27:24). Quería simbolizar con esto que era inocente de la sangre de Jesús. Estaba exponiendo ante los judíos que crucificar a Jesús era realmente un asesinato. Pero ya no se podía detener a los judíos. Voluntariamente aceptaron la culpa y aun la transfirieron a sus hijos.

Pilato no sabía qué hacer. Una vez más trató de soltar a Jesús; pero en esta vez recibió una respuesta amenazante. "Si sueltas a éste no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opondrá" (Jn. 19:12). Perder el favor de César era un riesgo que Pilato no se atrevía a correr. Podría significar la pérdida de su posición y de su autoridad. Así que entregó a Jesús para que fuera crucificado.

3. Pilato, el Instrumento de Satanás

En esta lección saltan a la vista la furia de Satanás y su odio en contra de Dios. Satanás había llevado a los dirigentes con la determinación de que Jesús debía morir. Cegó los corazones y los entendimientos del pueblo judío para que en su incredulidad no pudieran ver que exigían la crucifixión del Hijo de Dios. También llenó a Pilato de temor y de ambición personal para vencer su indecisión de condenar a un inocente.

CAPITULO 19

LE TOMARON Y LE LLEVARON

Léase Mateo 27:27-31; Lucas 23:26-32; Juan 19:16.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué maltrataron los soldados a Jesús como lo hicieron?
2. ¿Por qué habló Jesús a las mujeres en la forma en que lo hizo?

Introducción

Jesús ya había sido condenado por sus compatriotas. También obligaron a Pilato, el gobernador romano, a que lo condenara. Ahora, el Hijo de Dios queda como un criminal aguardando la ejecución. Todo ha acontecido con rapidez. Tres horas escasas han transcurrido desde que lo presentaron a Pilato la primera vez. En seguida, lo entregaron a los soldados romanos para que lo alistaran para la crucifixión.

1. Los Soldados

Los soldados encargados de la crucifixión eran legionarios romanos destacados en Jerusalén para los días de la Pascua. Eran hombres familiarizados con la muerte. No sentían compasión por este hombre que estaba para morir.

Los soldados se divirtieron tratando a Jesús como un rey de burlas. Se le había acusado de la pretensión de ser el rey de los judíos, por eso lo despojaron de su ropa y lo vistieron con ropas reales. Tejieron una corona de espinas y la pusieron en su cabeza. A guisa de cetro pusieron en su mano derecha una caña, y burlándose le adoraban diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!" (Mt. 27:29). Cuando terminaron con su burda diversión le quitaron las ropas reales, le pusieron sus propios vestidos y lo llevaron para crucificarlo.

Ordinariamente a los sentenciados a la crucifixión se les obligaba a cargar su cruz hasta el sitio de la crucifixión. Pero los soldados forzaron a Simón de Cirene a cargar la cruz de Jesús desde la puerta de Jerusalén hasta la colina llamada Calvario.

No lo hicieron porque hubiera ternura en sus corazones que les moviera a librar a Jesús de tal sufrimiento. Lo libraron de su carga únicamente porque ya no era posible que Jesús diera con ella otro paso. Lo habían tenido despierto toda la noche; desde la cena de la Pascua, hacía dos noches que no había vuelto a probar bocado, y había sido azotado brutalmente por los soldados.

2. Las Hijas de Jerusalén

Mientras Jesús caminaba por las calles, llevando su cruz, una multitud le seguía. Entre esa multitud había mujeres que lloraban y gemían porque el Señor iba a ser crucificado. Probablemente no eran las mujeres de Galilea que habían seguido a Jesús fielmente durante su ministerio. El las llamó "Hijas de Jerusalén". ¿Por qué lloraban por él? ¿Era porque se daban cuenta de la injusticia de su crucifixión, o era porque sentían angustia al pensar en la agonía por la que él debía sufrir? Cualquiera que fuese el motivo, Jesús no quería verlas llorar. Débil como estaba, se volvió hacia ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos" (Le. 23:28). Luego comenzó a anunciarles la tribulación que vendría sobre Jerusalén; profecía que se cumplió el año 70 d.C., cuando las legiones romanas derribaron los muros de la ciudad, y en las afueras de ella colgaron en cruces a centenares de

personas, así como Jesús fue crucificado. Aunque los romanos eran los que realmente estaban crucificando a Jesús, fue el pueblo judío el que exigió su muerte, y el que tenía que sufrir el mismísimo castigo que exigió para el Hijo de Dios.

3. Los Ladrones

Jesús no fue crucificado solo. Así como él llevó su cruz al Gólgota, también otros dos que iban a ser crucificados con él llevaron sus cruces. Eran malhechores o ladrones. No cabe duda que habían sido aprehendidos por los romanos algún tiempo antes. Ahora que Jesús fue condenado, los tres iban a ser crucificados juntos. De esta manera quedaron cumplidas las palabras del profeta Isaías, "Y se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte, aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca" (Is. 53:9).

CAPITULO 20 LO CRUCIFICARON

Léase Juan 19:18-27; Mateo 27:33-44; Lucas 23:33-43.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué hicieron los soldados mientras Jesús estaba en la cruz?
2. ¿Qué hicieron los enemigos de Jesús mientras él era crucificado?
3. ¿Qué revela Jesús acerca de sí mismo en las primeras tres palabras que habló desde la cruz?

Introducción

El Calvario es el clímax de la vida de Jesús. La cosa más importante acerca de la vida del Señor no la constituyen los sorprendentes milagros que hizo, ni las enseñanzas que expuso. Jesucristo vino a la tierra para morir como el Salvador de los pecadores, y es en la cruz del Calvario donde cumplió esa finalidad.

1. Los Soldados

Cuando Jesús llegó al Calvario, los soldados lo crucificaron. Estiraron sus manos sobre el travesaño y las clavaron en él. Clavaron sus pies al leño vertical. Cuando Jesús quedó fijo a la cruz, lo dejaron colgando allí para sufrir y morir. Se acostumbraba dar como bebida vino narcotizador a los crucificados. Esto les ayudaría en su agonía final. Haría que el sufrimiento fuera un poco menos insufrible. Pero Jesús lo rehusó. Había venido para beber la copa del sufrimiento, y ahora que esta copa de sufrimiento llegaba a sus labios, él estaba resuelto a saborearla plenamente.

Cuando los reos eran conducidos a la crucifixión, alguien marchaba delante de ellos portando un tablero en donde se explicaban sus crímenes. Pilato ordenó que el tablero correspondiente a Jesús declarara lo siguiente: "Este es Jesús el Rey de los judíos". ¿Creía verdaderamente esto, Pilato? ¿Se había convencido de que Jesús era rey? ¿O simplemente lo escribió para enfurecer a los principales sacerdotes y a los escribas a quienes odiaba? Para estas preguntas no tenemos respuesta; pero sí sabemos que el tablero escrito por Pilato, y que fuera objetado por los dirigentes religiosos de los judíos, ciertamente era una afirmación verdadera respecto a Jesús. De

manera que cuando colocaron este tablero sobre su cruz, en hebreo, en griego y en latín, se proclamó a todo el mundo que aquel crucificado allí, era un rey.

Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús y a los ladrones, se repartieron entre ellos la ropa que habían quitado a sus víctimas. De acuerdo con la costumbre romana esto era su privilegio. Siglos antes, el Salmista había escrito: "Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes" (Sal. 22:18). Estas palabras se estaban cumpliendo ahora en la vida de Cristo. Cada soldado recibió una parte de las ropas menos valiosas. Pero para obtener la posesión de la ropa íntima que era mucho más costosa, puesto que era tejida, de una pieza y sin costura, echaron suertes. Quizá usaban dados de alguna clase. Para ellos nada significaba que allí estuviera muriendo, colgado, un rey.

2. La Mofa de sus Enemigos

Los enemigos de Jesús no quedaron satisfechos con haberle condenado a la crucifixión. Mientras colgaba de la cruz sufriendo agonía y dolor, desfilaban delante de él, mofándose y burlándose de él. Creyeron que habían derrotado a Jesús, y ahora, en la cara de él, alardeaban de su triunfo.

Los enemigos de Jesús lo aguijoneaban, pero en sus mismas puyas encontramos testimonio de las enseñanzas de Jesús y de sus buenas obras. Decían: "A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse" (Mt. 27:42). En verdad, salvó a otros. Su obra nunca fue destructiva. Vino a redimir. Sus enemigos insistían: "Confió en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios" (Mt. 27:43). Admitían que Jesús era un buen hombre, uno cuya vida demostró suprema confianza en Dios; no era un pecador rebelde, digno de muerte, y que ahora recibía su debido castigo. ¡ Qué gran testimonio dado por los labios de sus enemigos!

Sus puyas dejan ver que no habían malentendido las instancias de Jesús. Hicieron la acusación delante de Pilato, de que Jesús era enemigo de César. Pero cuando colgaba en la cruz no mencionaron tal cargo. En cambio, recordaron que él era el Hijo de Dios, y que había pretendido poder destruir el templo y reconstruirlo en tres días. Hasta dijeron: "El es el Rey de Israel; que se baje de la cruz y creeremos en él" (Mt. 27:42). Se manifiesta claramente que las acusaciones presentadas ante Pilato, las formularon únicamente para obtener su condena. Habían entendido las enseñanzas de Jesús perfectamente bien; pero no quisieron creerlas. Lo rechazaron, lo crucificaron y lo aguijoneaban debido a lo que había reclamado que era.

3. Las Palabras de Jesús desde la Cruz

No podría haber mayor contraste que el que hay entre las palabras burlonas de los enemigos de Jesús, y las palabras que el mismo Jesús habló desde la cruz. Las palabras de ellos estaban llenas de odio, venenosamente lanzadas contra la figura indefensa en la cruz. Las de Jesús fueron palabras de amor, dirigidas a quienes lo rodeaban. No pensaba en sí mismo, ni en sus propias necesidades; sino en las de los otros.

La primera palabra que habló Jesús desde la cruz, fue dirigida a Dios. Oró por aquellos que lo crucificaban. "Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen" (Le. 23:34). Oró pidiendo el perdón para los soldados que lo crucificaban. Pero su oración incluía a más. Alcanzaba también al pueblo que había gritado, "¡Crucifícalo!" y que ahora eran testigos del cumplimiento de su demanda. Habiendo sido soliviantados por los principales sacerdotes y los fariseos, no supieron lo que hacían. Jesús oraba para que todos los que, por ignorancia, se habían mezclado en su crucifixión llegaran al conocimiento de que habían crucificado a UNO que era el Hijo de Dios. Es posible que su oración no incluyera a los dirigentes que conocían las instancias que él

hizo, y que voluntariamente lo condujeron a la muerte. A éstos, Jesús les había dicho en ocasión anterior: "Si fuerais ciegos no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece" (Jn. 9:41).

La segunda palabra de Jesús desde la cruz fue dirigida al ladrón arrepentido. El ladrón le pidió al Señor que se acordara de él. Jesús le contestó: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Le. 23:43). A pesar de que sufría y moría, nuestro Salvador estaba interesado en las almas de los hombres. Aunque colgara de la cruz, Jesús era el Salvador soberano que podía redimir pecadores. Está muy bien lo que se ha dicho, de que un ladrón se salvó, para que nadie desespere; pero solamente uno, para que nadie presuma de que en la última hora se salvará. Hasta un ladrón agonizante en la cruz puede ser redimido; pero esto no significa que sea prudente o seguro aplazar hasta el final de la vida para poner nuestra confianza en Jesucristo.

La tercera palabra de Jesús desde la cruz fue para su madre y para su pariente Juan. Parece que José, el esposo de María había muerto. María, en estos momentos, perdía también a su Hijo. Jesús estaba preocupado por su madre, y por eso la encargó al cuidado de Juan, el discípulo amado.

Siempre que pensemos en la crucifixión de nuestro Salvador debemos conmovernos hondamente. Mediante nuestra imaginación debiéramos verlo colgado allí, sufriendo tormentos físicos, befofo por sus enemigos, despreciado por la multitud, y a pesar de esto, entregándose a sí mismo en amor y ternura a sus enemigos, al ladrón arrepentido, y a su madre. No sería extraño que nuestros corazones se conmovieran. La crucifixión de Jesucristo es mucho más que un simple acontecimiento histórico. Es un acontecimiento en el que cada cristiano participa de las profundidades del alma de Jesús. Hace que digamos con el profeta, "El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

¡Ay! ¿Por mí sangró mi Salvador? ¿Por mí expiró mi Rey Soberano? ¿Su cabeza santa dio al dolor, ¡Ay! por mí que soy un vil gusano?

CAPITULO 21 Y DIO EL ESPÍRITU

Léase Mateo 27:45-56; Juan 19:28-37; Lucas 23:44-49.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cuál fue el significado de cada una de las cuatro últimas palabras de Jesús dichas desde la cruz?
2. ¿Cómo afectó la muerte de Jesús al centurión y a otros observadores?
3. ¿Qué señales acompañaron a la crucifixión de Jesús y qué significaron?

Introducción

En el capítulo 20 vimos a Jesús clavado en la cruz. Vimos que a pesar de su agonía todavía estaba interesado en las necesidades de otros. Necesitamos tener esa visión de Cristo en la cruz. Pero también debemos ver con claridad el hecho de que Jesús sufrió y murió por los pecados de su pueblo. Solamente cuando apreciamos sus sufrimientos vicarios, es decir, por haber ocupado nuestro lugar, es cuando en realidad entendemos el significado de la cruz.

1. Las Palabras de la Cruz

Las primeras palabras que habló Jesús desde la cruz fueron dichas a favor de otros. Las últimas cuatro se refieren a sus propios sufrimientos. A través de estas palabras podremos ver en las profundidades de su alma y entender algo de su agonía. También por medio de estas palabras logramos un vislumbre de la maravillosa obra que se perfeccionó al morir Jesús en la cruz.

La cuarta palabra que Jesús habló desde la cruz fue: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46). Este grito demuestra la naturaleza del sufrimiento que Jesús soportó. No sólo aguantó la agonía física de la crucifixión; sino que a esta hora, cuando fue despreciado y desechado de los hombres, también era desechado por su Padre celestial. Estaba sufriendo las agonías del infierno.

Frecuentemente pensamos en el infierno como un lago de fuego, porque la Biblia lo pinta en esos términos. Pero el sufrimiento físico no es el peor aspecto del infierno. El fuego del infierno simboliza la terrible agonía espiritual que experimentarán los condenados cuando queden desamparados por Dios. Debido a que no quisieron reconocer a Dios durante su vida terrenal, tendrán que pasar la eternidad sin él. Este es el verdadero terror del infierno. Eso es lo que Jesús sufrió en la cruz. Jesús que amaba a Dios y que era amado de Dios, fue súbitamente desamparado. No podemos entender qué enorme agonía significó esto para Jesús; pero nunca debemos olvidar que él la padeció por causa nuestra. "El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados" (Is. 53:5). "El llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el árbol" (sobre la cruz) (1 P. 2:24). Esto forma el mero corazón del Calvario.

La siguiente palabra que pronunció Jesús tuvo que ver con su agonía física. Dijo: "Tengo sed" (Jn. 19:23). Esto puede significar que sus tormentos de agonía en el infierno habían terminado. Cuando su alma estuvo en tormento, probablemente no se percató del dolor de su cuerpo. Ahora volvía a darse cuenta de la terrible sed que le causaba la crucifixión y gritó. En contestación a su ruego, uno de los soldados tomó una esponja, la empapó con vinagre, la puso en una lanza y se la acercó a sus abrasados labios.

Cuando Jesús hubo sufrido todo lo que era necesario para salvar a los pecadores, dijo simplemente: "Consumado es" (Jn. 19:30). Luego clamó a gran voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Le. 23:46). Acabando de decirlo, entregó su espíritu y murió. Esta no era la manera ordinaria de que muriera un crucificado. Generalmente la cruz minaba la vitalidad del hombre hasta que finalmente la vida se extinguía de él. Precisamente al final de su existencia, Jesús hizo acopio de fuerzas y clamó a gran voz. Esto nos hace recordar las palabras que habló al principio: "Yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita; sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Jn. 10:17-18).

2. Los Soldados

Dos incidentes que involucran a los soldados que crucificaron a Jesús resultan importantes en este momento. Tanto Mateo como Lucas ríen dicen que el centurión que tenía a su cargo los soldados se conmovió por la muerte de Jesús. Mateo indica que dijo: "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios" (Mt. 27:54). Lucas asienta que dijo: "Verdaderamente este hombre era justo" (Le. 23:47). Probablemente, presumiremos demasiado si interpretamos las palabras de Mateo como que el centurión creyó que Jesús verdaderamente era divino. El título "Hijo de Dios" podía simplemente significar un gran hombre, un héroe poderoso. El centurión probablemente lo dijo en este sentido. Aún así, su testimonio es importante porque nos hace comprender cuán impresionante fue la muerte de Jesús. El centurión estaba acostumbrado a ver morir a los hombres, pero en la muerte de este hombre, Jesús de Nazaret, vio algo que nunca

antes había visto. Quedó impresionado por las tinieblas y el terremoto que acompañó a la crucifixión de Cristo. También quedó impresionado por la forma en que murió Jesús. Su testimonio de la muerte de Jesús es prueba de que algo único aconteció en el Calvario. Y su testimonio está sostenido por los que se golpeaban el pecho. Sus lamentos demuestran que todos fueron conmovidos por los acontecimientos sobrenaturales que habían ocurrido.

No era raro que los que eran crucificados colgaran en la cruz durante varios días. Pero el día siguiente sería sábado, y los dirigentes judíos no querían que los cuerpos permanecieran en la cruz. Por tanto, se acercaron a Pilato y le pidieron permiso de apresurar su muerte, de manera que sus cuerpos pudieran ser descolgados. Pilato se los concedió y los soldados comenzaron a cumplir su obra en la forma acostumbrada. Debido a que la agonía tenía que acortarse, ésta tenía que ser más severa. Por eso quebraban las piernas de los crucificados. Los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones; pero no quebraron las de Jesús debido a que él ya estaba muerto. Luego los soldados hundieron sendas lanzas en el corazón de los ladrones. También hundieron una lanza en el costado de Jesús, y salió sangre y agua. Juan nos dice que en esta ocasión, sin saberlo, los soldados cumplieron dos diferentes profecías de la Escritura.

3. Las Señales

La crucifixión de Jesús estuvo acompañada por diversas señales insólitas. Hubo tinieblas sobre toda la tierra durante tres horas, desde el medio día hasta las tres de la tarde. Según parece, durante estas horas, Jesús pasó por lo peor de su agonía. Algunos dicen que Dios corrió un velo sobre la escena para que los hombres no vieran al Hijo en su intensa agonía. Otros piensan que esta fue la señal de que Dios estaba rechazando a Cristo, así como los hombres le habían rechazado. Ambas opiniones son probables; pero la segunda parece más aceptable. Las tinieblas del cielo parecen querernos recordar que nuestro Salvador estaba pasando por la agonía de los condenados.

Cuando Jesús murió Dios manifestó a los hombres dos importantes señales. La primera: El velo del templo se rasgó desde lo alto hasta abajo. Este velo separaba el lugar santo del lugar santísimo. Era el velo que ocultaba a los ojos de los hombres aquel santuario íntimo en donde Dios moraba con su pueblo. El haberse rasgado era señal de que la muerte de Jesucristo había puesto fin al orden del Antiguo Testamento. Ya no había necesidad de un sacerdote porque el Gran Sumo Sacerdote había venido y concluido su trabajo. Tampoco había ya necesidad de un sacrificio, porque el gran sacrificio ya se había ofrecido. Ahora los hombres tienen acceso a Dios, por medio de Jesucristo.

La segunda: Dios envió un terremoto que partió rocas, y abrió determinadas tumbas que estaban cerca de Jerusalén. En el tercer día, cuando Jesús se levantó de entre los muertos, las personas que habían estado sepultadas en estas tumbas, salieron, fueron a la ciudad y aparecieron a muchos. Eran santos que habían dormido (Mt. 27:52). Probablemente, no hacía mucho que habían vivido en Jerusalén en esta misma época. No cabe duda que Dios los envió para que fueran testigos de la resurrección de Jesucristo. De esta manera, mucha gente quedó preparada para oír el mensaje de los apóstoles en Pentecostés y creerlo.

Se han dado muchas interpretaciones diferentes respecto al significado del Calvario. Hay quienes ven a Jesús precisamente como a un buen maestro que murió como mártir por su causa. Muchos han considerado el Calvario como una derrota. Cuando examinamos la relación que Dios nos ha dado respecto a la crucifixión, no podemos aceptar esos puntos de vista. Por las palabras que nuestro Salvador habló, por las profecías que se cumplieron y por las señales que

Dios dio, estamos convencidos de que en el Calvario el Hijo de Dios murió para ser el Salvador de los pecadores. En el Calvario vemos el amor de Dios en toda su gloria y majestad. Cuando realmente comprendemos lo que pasó allí en la cruz, estaremos dispuestos a cantar:

Si la riqueza terrenal pudiera a mis pies mirar, pequeña ofrenda mundanal sería írsela a ofrecer.

Una pasión tan grande y fiel, que a los humanos da el Señor, exige en cambio para él dar toda el alma por su amor.

CAPITULO 22 CON LOS RICOS FUE SEPULTADO

Léase Juan 19:38-42; Marcos 15:42-47; Mateo 27:62-66.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué importancia tiene el entierro de Jesús?
2. ¿Qué cuidado tuvieron con el cuerpo de Jesús, sus amigos?
3. ¿Qué precauciones tomaron con el cuerpo de Jesús sus enemigos?

Introducción

La crucifixión había pasado. Jesús había encomendado su espíritu al Padre y había exhalado su último aliento. A la multitud que observaba debió haberle parecido que la historia de la vida de Jesús había terminado. Había sido un maestro revolucionario; se había opuesto a los gobernantes religiosos; había fracasado y había sido ejecutado. Ese fue el triste fin de una vida promisoria.

1. El Entierro

Pero la historia de la vida de Jesús no terminó en la cruz. Después de su muerte siguió su entierro. Sería fácil para alguien que escribiera la historia de la vida de un gran hombre, terminarla con su muerte mas bien que con sus funerales. Pero los evangelistas no hicieron tal cosa. Aunque hay muchos incidentes en la vida de Cristo que no mencionan a una los cuatro evangelistas, los cuatro consideraron de importancia registrar el relato de su entierro.

Cuando confesamos nuestra fe cristiana con las palabras del Credo de los Apóstoles, declaramos que nuestro Salvador "fue crucificado, muerto y sepultado". Esto constituye otro recordatorio de la importancia del entierro de Jesús. Es una parte vital de nuestra fe cristiana.

¿Por qué era tan importante el entierro de Jesús? Por una cosa; era necesario como preparación para la resurrección. El entierro de Jesús fue una señal para todo el mundo de que, efectivamente, él había muerto. Por lo tanto, cuando resucitó al tercer día, fue evidente para todos los que quisieran enfrentarse a la realidad, que Jesús había conquistado a la muerte. Pero el entierro de Jesús es importante en sí mismo. Fue una parte de su humillación. Pablo nos dice que Jesús se humilló al convertirse en hombre (Fil. 2). Además, se humilló para sufrir y morir por nosotros. Y también se humilló para descender a la tumba por nosotros. En un sentido la tumba simboliza el poder del pecado sobre el género humano. "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte" (Ro. 5:12}. De manera que cuando el Salvador bajó a la tumba "se estaba sometiendo al pecado y a la muerte. Estaba diciéndole al mundo que había recibido la paga del pecado. Por supuesto que el pecado por el cual murió, no era de él; sino que,

"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). El entierro de Cristo es otro recordatorio de que en la cruz él tomó nuestro lugar, llevando nuestros pecados y proveyendo nuestra salvación.

2. Los Amigos de Jesús

El entierro de Jesús proporciona algunos contrastes sorprendentes. Podríamos esperar que los discípulos, al fin, hubieran olvidado su temor y vinieran a reclamar el cuerpo de Jesús. Podríamos pensar que querrían hacerle un último servicio preparando su cuerpo para la tumba. Pero no se presentaron. Habiendo seguido a Jesús durante su ministerio público, le habían abandonado en la hora de su aparente derrota. En cambio, vemos a dos hombres del concilio judío que condenó a Jesús, que vienen a pedir su cuerpo, lo envuelven en sábanas de lino, con especias, y que lo depositan en la tumba de un hombre rico. Dos dirigentes judíos, temerosos de proclamar a Cristo como el Mesías durante su vida, ahora lo confiesan como su Maestro, a la hora en que muere. José y Nicodemo se debieron haber arrepentido de que anteriormente habían guardado silencio; pero ahora están decididos a hablar en favor de Jesús mediante sus acciones. Al tiempo que estos dos varones cuidaban amorosamente del cuerpo de su Maestro, dos mujeres que siguieron devotamente a Jesús están sentadas allí cerca y observan con lágrimas el triste ritual, hasta que ven el cuerpo de su amado Señor depositado en la tumba.

3. Los Enemigos de Jesús

Los dirigentes religiosos habían planeado la muerte de Jesús. Habían seguido su plan hasta una conclusión exitosa. Pudieron haber descansado, congratulándose de haber hecho una buena faena. Pero no se sentían tranquilos ni satisfechos de que todo estuviera bien. No podían olvidar las palabras de Jesús: "Después de tres días resucitaré" (Mt. 27:63). Por eso fueron a ver a Pilato y le pidieron que en la tumba se colocara una guardia, "no fuera a ser que vengan sus discípulos de noche y lo hurten y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero" (Mt. 27:64). A pesar de su aparente victoria, los enemigos de Jesús temían que algo pudiera acontecer que echara por los suelos su bien trazado plan.

PARTE 3

EL TRIUNFO DEL MINISTERIO DE CRISTO

CAPITULO 23

LA MAÑANA DEL PRIMER DÍA

Léase Mateo 28:1-15; Juan 20:1-18.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué cosas sucedieron en el primer día de la semana?
2. ¿De qué diferentes formas se les hizo saber a los discípulos de Jesús que él había resucitado?
3. ¿Qué nos enseña acerca del Cristo resucitado, su aparición a María Magdalena?

4. ¿Cómo se explicó la resurrección al público en general?

Introducción

Son muchas las veces que hay que recordar que la Biblia **NO** es un libro de historia. Un libro de historia trata de relatar los acontecimientos de manera que conozcamos el orden en que sucedieron. Los escritores de los evangelios seleccionaron los acontecimientos que consideraron importantes y que se ajustaban a su propósito.

Así tenemos cuatro evangelios que difieren en los sucesos que registran. A menudo es difícil establecer el orden real de tales acontecimientos. Esto es cierto respecto al día en que Jesús se levantó de la muerte. Pero todos los escritores establecen claramente que Jesús resucitó realmente el primer día de la semana.

1. Las Primeras Visitas a la Tumba

Hasta donde podemos decir, los acontecimientos del día de la resurrección ocurrieron en el orden siguiente. Hubo un temblor de tierra, y dos ángeles aparecieron ante la tumba, removieron la piedra y entraron al sepulcro. No podemos asegurar que éste haya sido el momento preciso de la resurrección. Jesús pudo haber resucitado antes de que esto sucediera. Ciertamente, no tenía él que esperar que se removiera la piedra para poder salir. La piedra fue retirada más bien para permitir a otros la entrada, y no para facilitar la salida de Jesús.

Antes de la salida del sol, un grupo de mujeres entró al huerto y se acercó a la tumba. Estaban discutiendo cómo podría tener acceso a la tumba, cuando repentinamente se dieron cuenta que la piedra ya había sido movida. Inmediatamente María Magdalena se retiró para dar el aviso a Pedro y a Juan. Las otras, llenas de incertidumbre, se acercaron a la entrada. Dentro del sepulcro había un ángel que les habló de la resurrección. Ya después, se retiraron también, para contar las noticias a los apóstoles. Estando ellas en camino, Jesús vino al encuentro de ellas.

2. La Aparición de Jesús a María Magdalena

Muy diferente fue la reacción de María a la de sus compañeras que habían visto la tumba abierta. Mientras éstas procedían con cautela, María corrió para encontrar a Pedro y a Juan, "Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto" (Jn. 20.2).

Estas breves palabras nos dicen mucho acerca de María. Primero, hablan de la fe verdadera que tuvo en Jesús. Al llamarle "Señor", confesó que aún creía que él era el Cristo. Ni la experiencia de la cruz, podía quebrantar esta fe. Pero al mismo tiempo, vemos que María estaba profundamente afligida. Al ver la tumba abierta, inmediatamente llegó a una conclusión errónea. Esperó y creyó lo peor. No era suficiente el que Jesús hubiera sido ejecutado como uno de los peores criminales; ahora ni en su muerte sus enemigos dejaban en paz su cuerpo.

Cuando Pedro y Juan corrieron hacia el huerto, María les siguió más lentamente. Seguramente sollozaba al caminar. Cuando llegó ella al sepulcro, Pedro y Juan ya habían visto que estaba vacío y que los lienzos estaban puestos ahí. Ellos ya se disponían para retirarse, pero María se quedó para contemplar el sepulcro donde habían puesto a su Señor. Entre sus lágrimas vio a dos ángeles sentados donde había yacido el cuerpo de Jesús. Ciertamente esto hubiera servido para que ella se diese cuenta de su error. Pero la aflicción de María era tal, que no comprendió lo que sus ojos veían. Aun la pregunta de los ángeles, "Mujer, ¿por qué lloras?" (Jn. 20:13) sólo sirvió para sacar de ella su triste lamento. Se volvió sin poder decir más, y se encontró con Jesús delante de ella. Todavía no pudo comprender lo que estaba viendo, y creyó que él era el jardinero. Estaba cegada por un dolor inmenso.

No debemos condenar a María por no haber podido comprender la pregunta de los ángeles o por no reconocer a su Maestro. Si María no hubiera amado tanto a Jesús, no hubiera estado tan profundamente conmovida por los acontecimientos de los días anteriores. Su condición pedía ternura, no condenación, y Jesús la trató tiernamente. Se reveló a María diciendo solamente una palabra: el nombre de ella. No se necesitó más. La voz de Jesús cortó su duelo y despejó la tristeza que sofocaba su alma. Su respuesta, "Raboni" (Maestro) fue la declaración de su fe naciente en su resurrección.

Jesús no permitió que ella le tocara, puesto que él no había ascendido al Padre. Esto fue un reproche suave a María. Ella quería continuar con la antigua forma de vida y de relaciones, pero una nueva era había empezado. Jesús debía regresar al cielo, para poder enviar luego al Espíritu Santo sobre la iglesia. Y María no debía esperar una restauración de las viejas relaciones; ella debería poner su mirada en las mayores bendiciones de la nueva era.

Jesús envió a María a los discípulos con este mensaje "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). Ella fue la mensajera de las grandes noticias. Ella no sólo anunció que Jesús había resucitado de entre los muertos. Ella también trajo la noticia de que él había resucitado para iniciar una nueva y maravillosa relación entre los discípulos y Dios.

Este mensaje que María llevó, nos ayuda a entender el significado de la cruz. Sabemos que en la cruz Jesús llevó nuestros Pecados, y pagó la pena por ellos. Sabemos que fue allí donde él borró nuestra culpa y condenación, evitando así el castigo de Dios. El castigó a su Hijo en nuestro lugar. Pero Jesús no sólo borró nuestros pecados, sino que también nos dio su justicia. Establece para nosotros una relación con Dios que es tan íntima como la que tiene él. Puede hablar "mi padre y vuestro Padre y mi Dios y vuestro Dios". Así nos recuerda que a "todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:12).

3. Las Evidencias de la Resurrección

Cualquiera que se interesara por descubrir qué fue lo que sucedió en aquel sepulcro no tendría ningún problema. Existían suficientes evidencias que mostraban que Jesús de Nazaret, realmente había resucitado de entre los muertos. Había la evidencia de la piedra quitada, a pesar de que había sido sellada con el sello de Roma y custodiada por una guardia de soldados. Había la evidencia de los lienzos. Parece que permanecían, como cuando Jesús había estado allí tendido, envueltos como alrededor de un cuerpo, pero vacíos. El sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, estaba enrollado no con los lienzos, sino en un lugar aparte. Y también había la evidencia de los testigos oculares, aquellos hombres y mujeres que habían visto al Señor resucitado, que habían hablado con él, que lo habían tocado. Se ha dicho que ningún otro hecho de la historia antigua está tan bien documentado, como la resurrección de Cristo Jesús.

4. La Incredulidad de los Judíos

Los enemigos de Jesús supieron de su resurrección inmediatamente que hubo sucedido. Los soldados, después de pasado el susto, fueron a los principales de los sacerdotes con el relato. Se discutió el informe con los ancianos, y se decidió cuál camino tomar. Pagaron a los soldados para que difundieran el cuento de que los discípulos habían robado el cuerpo. Como esto podría comprometer a los soldados por negligencia, los sacerdotes prometieron protegerlos si fuera necesario.

Este incidente es un ejemplo perfecto de la ceguera de la incredulidad. Los líderes de los judíos se habían rehusado a escuchar la enseñanza de Jesús. Se habían opuesto a él, y por fin le

crucificaron. Ahora recibían información directa que mostraba claramente que habían estado equivocados y que Jesús estaba en lo correcto. Más no quisieron arrepentirse de sus pecados. Simplemente lucharon con más fuerza para vencer a Jesús. La actitud de estos hombres debería ser una advertencia para nosotros.

Es muy fácil creer que podemos vivir nuestra juventud sin Cristo, con la intención de venir a él más tarde en la vida y recibir entonces las bendiciones de la salvación. Pero cuando se comienza a rechazar a Jesús, se va formando un hábito que llega a ser más y más difícil de romper. Tal como sucedió con los sacerdotes, nosotros también podemos llegar al grado de no poder aceptar ni las más claras pruebas del evangelio, y por tanto no ser salvos. Es importante que entreguemos nuestras vidas a Cristo. Desde nuestra temprana edad.

CAPITULO 24

PARTIENDO EL PAN

Léase Lucas 24:13-49.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué no creyeron los discípulos el testimonio sobre la resurrección?
2. ¿Qué hizo Jesús para que ellos creyeran?
3. ¿Cuál fue la comisión nueva dada a los discípulos, y cómo los preparó Jesús para cumplirlas?

Introducción

En el relato de los dos discípulos de Emmaús, tenemos un ejemplo del cambio tremendo que ocurrió en aquel primer día de la semana. Probablemente por eso escogió Lucas incluirlo en su evangelio, pues vio simbolizado en ellos lo que sucedió a todos los discípulos. Fueron transportados desde las profundidades del desengaño hasta las alturas de una adoración asombrosa, al darse cuenta ellos de que su Señor en verdad vivía nuevamente.

1. Corazones Apesadumbrados

Es difícil imaginar dos personas más desconsoladas que Cleofas y su compañero de viaje, cuando empezaron su camino a Emmaús aquella tarde del día primero de la semana. Estaban también un poco perplejos, pues corrían entre los discípulos rumores muy extraños. Habían escuchado el relato de las mujeres que estuvieron en el sepulcro y que vieron a los ángeles; mas no sabían si debían darle crédito o no. Probablemente tenían temor de abrigar alguna esperanza, no queriendo sufrir otro desengaño más.

Cuando un desconocido se les acercó a preguntarles el por qué de su tristeza, quedaron sorprendidos de que, aparentemente, nada supiera de los terribles acontecimientos sucedidos en los últimos días. Así que se lo contaron todo —cómo el gran profeta Jesús fue condenado por los líderes religiosos y crucificado afuera de la ciudad de Jerusalén. No eran observadores imparciales de todo esto. Su tristeza se explicaba en su testimonio desalentado. "Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (24:21). Según la comprensión de ellos, todo quedó perdido al morir su Maestro en la cruz.

2. Corazones Ardientes

Cómo les habrán sacudido, las palabras del Desconocido: "Oh, insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho"! (Le. 24:25). Les dijo que todo esto era necesario que sucediera antes de que entrara Cristo a su gloria. Luego les comenzó a declarar las Sagradas Escrituras. No uno o dos versículos, sino pasaje tras pasaje del Antiguo Testamento, hasta hacerles ver con toda claridad que lo que había acontecido era justamente lo que debían haber esperado.

Sin duda los dos discípulos se sintieron muy aliviados al llegar a Emmaús. Pero todavía estaba por venir la revelación que habría de eliminar toda desesperación y llenar sus corazones de gozo. Habiendo invitado al Desconocido a pasar la noche con ellos, los sorprendió el hecho de que él tomara el lugar del anfitrión en la mesa. Tomó el pan, lo bendijo y lo partió. Y en un instante comprendieron que habían estado caminando con el Señor resucitado. El mismo les había enseñado acerca de su muerte y resurrección. ¡De veras estaba vivo! ¡Y en ese mismo instante maravilloso de su comprensión, el Señor desapareció!

Esta desaparición no menguó en nada su gozo recién encontrado. Habían quedado transformados por las enseñanzas de Jesús. Con rostros encendidos por este gozo especial, dejaron su cena y regresaron rápidamente a Jerusalén para compartir las noticias con los otros discípulos.

Cuando llegaron a la ciudad, encontraron a los demás tan emocionados como ellos. Sus esfuerzos de contar su propia experiencia fueron ahogados por las voces que decían, "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón" (Le. 24:34). Y al fin, pudieron contar lo que les había sucedido en el camino a Emmaús.

3. La Comprobación Mayor

Antes de que terminaran Cleofas y su compañero de relatar su experiencia, se notó la presencia de alguien más en el cuarto. No había entrado por la puerta. Simplemente apareció donde no había nadie. Era Jesús. Hubo una breve lucha entre la fe y la superstición. Nadie estaba preparado para una aparición como ésta. Pero Jesús los tranquilizó. Les mostró las marcas de los clavos en sus manos y en sus pies. Les invitó a que le tocasen para que comprobaran que no era un espíritu. Pidió de comer y comió en la presencia de ellos. Quedaron convencidos, y quedó eliminado para siempre el ánimo de fracaso y de derrota que les había dominado desde el momento de la crucifixión.

Una de las pruebas más grandes de la realidad de la resurrección, es precisamente este cambio que se efectuó en los discípulos. Podemos notar especialmente el cambio en Pedro. En vez del temeroso y desertor que había sido al negar al Maestro, se convirtió en una roca de valor, y retó al mismo concilio que había ordenado la crucifixión de Jesús. Pero también se puede admirar este cambio en los demás discípulos. En lugar del desánimo, ya había gozo. Siendo hombres derrotados, comenzaron a vivir victoriosamente, por la resurrección de Jesús. ¡Cuán evidente es la falsedad de la explicación que lanzaron los principales sacerdotes! Los hombres que saben que andan diciendo una mentira no tienen la experiencia de una transformación total como la que tuvieron los discípulos. Solamente hay una explicación para el cambio radical que sufrieron los discípulos: Jesús había resucitado de entre los muertos.

La resurrección de Jesús debe obrar en nosotros el mismo efecto. Si pertenecemos a él, el pecado nunca nos podrá conquistar ni destruir. Por su resurrección, Jesús ha quebrantado el poder del pecado y de la muerte, y nos ha traído confianza y gozo.

4. La Nueva Visión

Cuando Jesús apareció a sus discípulos no era únicamente para comprobarles su resurrección de entre los muertos. Su resurrección tuvo un significado especial para ellos. Marcó el comienzo de un nuevo período en el ministerio de Jesús. Cuando él volviera al cielo, él continuaría su obra a través de sus discípulos. Por lo tanto, comenzó a prepararles para esta labor.

A los discípulos reunidos él les empezó a dar el mismo tipo de instrucción que les había dado a los que iban camino de Emmaús. Les interpretó las Escrituras. Y a la vez, les abrió sus mentes para que pudieran comprender sus instrucciones. Las mentes de ellos muchas veces estuvieron cegadas durante el ministerio público de Jesús. La enseñanza tradicional judaica, que es la que habían oído durante toda la vida, les dificultaba para entender el significado espiritual de las palabras de Jesús. Ahora él tocó sus corazones y abrió sus mentes, y súbitamente la verdad les fue revelada.

Jesús les dio entonces una comisión nueva. Les dijo: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Jn. 20:21). La palabra griega traducida "envió" viene de la misma palabra de donde viene "apóstol". Jesús les estaba nombrando sus apóstoles. Él era el Apóstol del Padre, enviado al mundo para llevar a cabo el plan de la redención, ahora los discípulos serían los apóstoles de Cristo, enviados al mundo con el mensaje de la obra redentora de Cristo.

Jesús añadió a esta comisión, el poder para que la efectuaran. "Sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20:22). Aunque el poder completo del Espíritu Santo no les vendría sino hasta Pentecostés, ya estaban para recibir el Espíritu. Y con el don del Espíritu Santo vino la confianza de que ellos servirían como los representantes de Cristo sobre la tierra. Como él tenía el poder de perdonar pecados, él ahora les concedió el poder de asegurar al pueblo que sus pecados serían perdonados.

La promesa del Espíritu Santo fue simbolizada por el soplo de Jesús sobre ellos. La misma palabra hebrea significa aliento y espíritu. De esta forma simbolizaba la transferencia del Espíritu. El Espíritu había venido sobre él sin medida. Ahora él estaba transfiriéndoselos a ellos. De la manera que él había ministrado en el poder del Espíritu, así también ellos ministrarían como embajadores suyos por medio del poder del Espíritu Santo.

CAPITULO 25 TOMAS

Léase Juan 20:19-31.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué clase de persona era Tomás?
2. ¿Cómo se sobrepuso Tomás a sus dudas?
3. ¿Qué aprenderemos de Tomás?

Introducción

Esparcidos en los cuatro evangelios encontramos esbozos, correspondientes a algunos de los discípulos, que nos ayudan a entender qué clase de hombres eran. Sin estos esbozos nos inclinaríamos a pensar que los discípulos fueron hombres diferentes a nosotros, hombres que nunca

afrontaron problemas como los nuestros. Pero si los miramos de cerca, los encontramos muy semejantes a nosotros. Sus responsabilidades difieren mucho entre sí y también sus problemas. En Pedro hallamos al hombre que con frecuencia hablaba impetuosamente, y hacía promesas que no podía cumplir. En Andrés hallamos al hombre de talentos ordinarios que más que dirigente era seguidor. Santiago y Juan eran hombres ambiciosos. Cuando vemos que los discípulos eran tan parecidos con nosotros, nos damos cuenta de que Dios nos puede usar como los usó a ellos.

1. El Incrédulo

Tomás era escéptico por naturaleza. Actualmente nos referimos a un hombre que se inclina a dudar de todo, como el incrédulo Tomás, Quizá pudiéramos decir que Tomás era pesimista. Miraba siempre el lado oscuro de las cosas. Era lento para creer las buenas noticias y pronto para creer las peores. Esto lo vemos en la historia de la resurrección de Lázaro. Cuando Jesús se decidió a ir a Betania los discípulos trataron de disuadirlo. Pero al ver que no podrían lograrlo, fue Tomás el que dijo: "Vamos también nosotros para que muramos con él" (Jn. 11:16).

Pero si estas palabras de Tomás lo señalan como pesimista, también señalan su profunda lealtad hacia Jesús. Esperaba lo peor; estaba seguro de que los dirigentes judíos matarían a Jesús si regresaba a Judea. Pero amaba a Jesús, y en consecuencia estaba dispuesto, a encarar cualesquiera de los peligros que su Maestro enfrentase.

Precisamente antes de su muerte Jesús dijo a sus discípulos que iba al Padre para poder preparar lugar para ellos. Prometió volver para llevarles a estar con él. Y les aseguró: "Sabéis a donde voy y sabéis el camino" (Jn. 14:4). Otra vez fue Tomás, el incrédulo, quién contestó: "Señor, no sabemos a donde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" (Jn. 14:5). Quería estar con Jesús; pero no tenía confianza de que estaría.

Encontramos los mismos elementos del carácter de Tomás en el pasaje escritural para esta lección. Tomás estaba ausente cuando Jesús apareció a sus discípulos en el día de la resurrección. ¿Por qué no estuvo él con los otros? No podemos saberlo con seguridad; pero parece que su ausencia estaba de acuerdo con su naturaleza. Cuando Jesús fue crucificado, el mundo de Tomás se quedó sin fundamento. Sus negros temores quedaron cumplidos. Probablemente quería quedarse solo. Sin embargo Tomás no se apartó de los discípulos. Sus dudas y temores no arrancaron su profunda lealtad hacia Jesús. Algunas veces durante la semana siguiente, se había reunido con el grupo de los discípulos. Posiblemente alguien le encontró y le dio la noticia de la resurrección de Jesús. Pero cuando Tomás oyó el testimonio de los otros que habían visto al Señor, no pudo creerlo. Insistió en que no creería la noticia a menos que pudiera verlo por sí mismo y aun tocar las heridas del cuerpo del Cristo resucitado.

2. Tomás el Creyente

Cuando pasó una semana y llegó otro domingo, los discípulos se reunieron otra vez en el aposento alto. En esta ocasión Tomás estaba con ellos. De nuevo se apareció el Salvador como lo había hecho la semana anterior. Se volvió hacia Tomás y lo invitó a que hiciera precisamente lo que Tomás había dicho que era necesario. "Luego le dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano y métela a mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente" (Jn. 20:27). Cuando fue encarado de esta manera con el Cristo resucitado, y desafiado a hacer la prueba que él había exigido, ya no la necesitó más. Exclamó inmediatamente "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn. 20:28).

Esta confesión de Tomás prueba que sus dudas acerca de Jesús quedaron para siempre disipadas. Sabía que Aquél que estuvo delante de él no había sido otro, sino su amado Maestro.

Le reconoció como su Señor y declaró que Jesús era su Dios. Aquí hay un testimonio claro de la deidad de nuestro Salvador. La confesión de Tomás no puede significar menos que eso. Y Jesús aceptó el testimonio de Tomás. Lo alabó por haberlo hecho. En otras palabras, Jesús reconoció que lo que dijo Tomás era la verdad.

La confesión de Tomás es de muchísimo valor para nosotros debido a las dudas que la precedieron. Tomás no era el hombre dispuesto a creer cualquier cosa. Por naturaleza se inclinaba a la incredulidad. Pero la prueba fue tan clara que tuvo que creer que Jesús había resucitado de entre los muertos. Y esto significa que tenía que confesar que Jesús es el Hijo de Dios.

La confesión de Tomás es una prueba más de que los discípulos no fabricaron el relato de la resurrección. No se conjuraron para extender una mentira en todo el mundo. Estaban convencidos por pruebas que estaban más allá de toda duda.

3. La Bienaventuranza

Jesús elogió a Tomás por creer en él. Pero también declaró: "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Jn. 20:29). Habría mucha gente que no tendría oportunidad de ver a Jesús. A diferencia de Tomás, tendrían que depender del testimonio de aquellos que habían sido testigos de su resurrección. Nos contamos entre los que no tuvieron oportunidad de verle, ni de tocar sus manos ni costado. Pero tenemos testimonio suficiente que nos capacita para creer. Juan nos dice que esta es la razón por la que incluyó en su Evangelio las cosas que ha consignado. "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn. 20:31). El testimonio de los que escribieron los Evangelios se nos da para que podamos reconocer que Jesús es verdaderamente el Cristo, y para que, como Tomás, podamos confesarle como nuestro Señor y nuestro Dios.

CAPITULO 26 APACIENTA MIS OVEJAS

Léase Juan 21.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué ejecutó Jesús el milagro de los peces?
2. ¿Por qué interrogó Jesús sobre el amor de Pedro?
3. ¿Qué le dijo Jesús a Pedro respecto al futuro?

Introducción

Cuando el ángel habló a las mujeres que habían visitado la tumba vacía, les dijo: "Id, decid a sus discípulos y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis como os dijo" (Mr. 16:7). Los discípulos no fueron a Galilea inmediatamente. Aquel mismo día y también en la semana siguiente Jesús les apareció en Jerusalén. Pero llegó la hora cuando siguiendo las instrucciones del ángel tuvieron que regresar a la zona de donde la mayor parte de ellos eran originarios.

Habiendo regresado a Galilea, Pedro resolvió volver a dedicarse a la pesca. Los discípulos que allí se hallaban con él convinieron en acompañarlo. Es probable que lo hicieran no

precisamente para pasar el tiempo; porque para ellos la pesca no era el agradable deporte que algunos de nosotros hemos disfrutado. Pescaban de noche, y el trabajo de arrojar las redes y jalarlas o tirar de ellas, era labor extenuante. Lo más probable es que estos hombres necesitaran volver a su ocupación anterior para sostenerse ellos y sus familias. Durante el ministerio de Jesús los doce se habían sostenido mediante donaciones de otros seguidores de Jesús. Pero ahora dependían de sí mismos, y de nuevo reanudaban las labores que habían abandonado para seguir a Jesús.

1. La Aparición de Jesús

Sin éxito los discípulos habían trabajado toda la noche y regresaban hacia la playa. Un extranjero les saludó y preguntó si habían pescado algo. Cuando contestaron que no, les dijo que echaran sus redes al lado derecho de la barca y hallarían pesca. Así lo hicieron y pescaron tantos peces que no podían meter sus redes a la barca.

Repentinamente Juan reconoció a Aquél que les había llamado, y dijo: "Es el Señor" (Jn. 21:7). Cuando Pedro lo oyó, reconoció también a Jesús. Saltó al agua y nadó para encontrar a su Maestro, mientras los otros discípulos arrastraban la red llena de peces hacia la playa.

Jesús no hacía milagros únicamente para impresionar a la gente. ¿Para qué operó este milagro? Podemos suponer que fue su manera de proveer a las necesidades de los discípulos. Si ellos estuvieron pescando para proveer para ellos y sus familias, su fracaso al no haber pescado nada, era serio. Pero también hizo el milagro para que los discípulos vieran que él era el mismo Señor que desde antes habían conocido. Su lucha con la muerte no había menguado su poder. Aún controlaba él todas las cosas. Y puesto que los había escogido para ser sus embajadores, necesitaba estar seguro que su autoridad estaba fuera de toda duda.

2. La Entrevista de Jesús con Pedro

Después de haber desayunado, Jesús comenzó a preguntar a Pedro. Tres veces le interrogó acerca del amor que tenía para él. La primera pregunta fue comparativa —"¿Me amas más que éstos?" (Jn. 21:15). Jesús preguntaba a Pedro si su amor sobrepasaba al de los otros discípulos. Pedro había manifestado grandes pretensiones acerca de la potencia de su amor para Cristo. Jesús quería saber si Pedro aún tenía esta elevada opinión respecto a su amor. La respuesta de Pedro fue humilde. Apeló al conocimiento que Jesús tenía de su corazón. "Sí Señor. Tú sabes que te amo" (Jn. 21:15). Para referirse al amor Pedro no usó la misma palabra de Jesús. Su respuesta podría traducirse: "Sí Señor, te quiero". Enseguida Jesús dejó la comparación y preguntó nada más si Pedro lo amaba. Otra vez Pedro dio la misma respuesta. Por último, Jesús utilizó la misma palabra que Pedro usaba y le preguntó si verdaderamente lo quería. Con esta tercera pregunta el corazón de Pedro se rompió. Y contestó: "Señor, sabes tú todas las cosas; tú sabes que te amo" (Jn. 21:17). ¡Cómo había cambiado Pedro! La ostentación que había desplegado la noche de la traición se había disipado por completo. En su lugar quedaba una humildad profunda. Reconocía que dependía completamente del Señor.

En cada vez que Pedro afirmó su amor a Jesús, el Salvador le dio un mandato. Estos mandamientos señalaban a Pedro su trabajo futuro. Le daban la seguridad de que Jesús le había incluido en sus palabras: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Jn. 20:21). Jesús le dijo a Pedro: "Apacienta mis corderos", "Pastorea mis ovejas", "Apacienta mis ovejas". Una vez más se consideró Jesús como el buen pastor. Los creyentes en Jesús juntamente con sus hijos, forman el rebaño de su Maestro. Pedro había de ser un pastor auxiliar al cuidado del rebaño de su Maestro.

De las palabras de Jesús aprendemos que el rebaño debe estar alimentado y cuidado, o vigilado. Los corderos (que pueden ser los infantes o aquellos que recién hayan sido admitidos en la iglesia) necesitan ser alimentados con la Palabra de Dios de tal manera que crezcan. Los que han estado más tiempo en el rebaño —las ovejas— necesitan las dos cosas: tenerles cuidado para que no se extravíen en el pecado, y alimentarlas con la Palabra de Dios. En esto consiste la gran tarea que Jesús dio a sus discípulos. Mediante el trabajo misionero hombres, mujeres y niños son conducidos a la iglesia de Cristo. Y luego, mediante el cuidado pastoral son alimentados con la Palabra de Dios y conducidos en caminos de justicia.

3. El Futuro de Pedro

Pedro había prometido a Jesús que alegremente moriría por él. Su fuerza propia había fallado notoriamente y había negado a su Señor. Pero ahora Jesús le dijo que en el futuro habría de cumplir su promesa. Padecería la muerte por causa de Cristo, conducido a ella por otros. La tradición dice que Pedro sufrió el martirio. Fue sentenciado a ser crucificado como Jesús. Pero no considerándose digno de morir en la misma posición en que murió el Señor, pidió que lo crucificaran con la cabeza hacia abajo. De la exactitud de esta tradición no respondemos; pero concuerda con lo que Cristo le dijo a Pedro en esta ocasión.

En seguida Pedro le preguntó a Jesús qué acontecería con Juan, el discípulo amado. Jesús no quiso decírselo. Le contestó: "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a tí? Sígueme tú" (Jn. 21:22). Este fue sencillamente el modo en que Jesús le dijo a Pedro que el futuro de Juan no le concernía. A Pedro le concernía su propia fidelidad a Cristo. Pero algunos pensaron que eso significaba que Juan nunca moriría. Cuando Juan escribió su evangelio, ya era anciano. Todos los demás apóstoles ya habían muerto. Juan aclara que Jesús no dijo de él que no moriría. No quería que su muerte diera motivo de que algunos pensarán que Jesús se había equivocado.

CAPITULO 27 VOSOTROS SOIS MIS TESTIGOS

Léase Mateo 28:16-20; Lucas 24:50-53; Hechos 1:1-11.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cómo se identifica quién fue el autor del libro de los Hechos?
2. ¿Qué comisión dio Jesús a sus discípulos?
3. ¿Cómo empleó Jesús los 40 días después de la resurrección?
4. ¿Qué importancia tiene para los creyentes la ascensión de Cristo?

Introducción

Esta lección sirve para introducirnos al libro de los Hechos, por lo tanto es conveniente que nos detengamos para notar ciertas cosas acerca del libro.

1. El Autor y el Propósito

El autor del libro de los Hechos no se identifica con su nombre. Pero en el mismo libro hay indicaciones que sirven para identificarlo. Sabemos que viajó con Pablo en algunos de los viajes misioneros, porque hay ciertos pasajes donde usa el verbo en la primera persona plural

(Hch. 16:10-17; 20:5-16; 27:1-28:16). Si comparamos estos pasajes con referencias que se hacen en las cartas de Pablo, descubrimos que el autor del libro de los Hechos tendría que ser Lucas, "el médico amado". El uso de frases médicas en este libro sostiene este argumento.

Las palabras introductorias del libro lo relacionan con el tercer evangelio, puesto que ambos documentos son dirigidos a Teófilo. En éste, su segundo libro, Lucas recuerda a Teófilo que su primer libro trató "acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día que fue recibido arriba" (Hch. 1:1-2). Así que este libro toma el hilo de la narración de la vida de Jesús en el punto donde lo había dejado en el primer libro, o sea con la ascensión de Jesús.

Estas palabras introductorias explican por qué incluimos también el libro de Hechos en nuestro estudio de *El Ministerio de Cristo*. Claro está que el Señor Jesucristo no ministró a los hombres en la misma forma, después de su resurrección, como lo hizo cuando aún estaba sobre la tierra. Más eso no significa que su ministerio hubiera terminado. El continúa su ministerio; pero ahora él obra a través de los hombres a quienes él ha escogido y designado como sus embajadores.

2. La Gran Comisión

Anteriormente notamos que Jesús apareció muchas veces a sus discípulos durante los cuarenta días que mencionan entre su resurrección y su ascensión. Los evangelios no las mencionan todas.

Sin embargo, Mateo hace una mención muy breve de una aparición en Galilea que es de suma importancia. Jesús había dicho a los discípulos que él se reuniría con ellos, en una montaña de Galilea. Los once estaban ahí, posiblemente con algunos de los otros seguidores de Jesús. Cuando él se apareció, "le adoraron, pero algunos dudaban" (Mt. 28:17). Esta fue la ocasión en que Jesús les dio la Gran Comisión.

Antes de darles la comisión, Jesús hizo una de sus declaraciones más importantes: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mt. 28:18). A través del ministerio de Jesús sobre la tierra vemos muchos ejemplos de su autoridad: sanó enfermos y levantó muertos, lo que constituyó una evidencia tan fuerte de su autoridad que las gentes lo comentaban a menudo. Aun sus enemigos tuvieron que reconocerlo. Pero ahora él asegura tener *toda* autoridad. Aquel que es "primogénito de los muertos" es también "el soberano de los reyes de la tierra" (Ap. 1:5).

Basándose en la autoridad universal que él tiene, Jesús manda a sus discípulos en una misión universal. Ya no limitarán sus actividades solamente a los de la casa de Israel. Ahora ellos deben cumplir con la orden "Haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mt. 28:19-20). Como esta labor no puede hacerse sólo con la fuerza humana, Jesús añade la promesa, "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20).

La comisión que Jesús dio a sus discípulos no era únicamente para ellos: fue dada a su iglesia de todos los siglos. Aún tiene él toda autoridad, y aún él nos requiere traer a los hombres de toda nación a su reino. Esta es la razón porque el trabajo misionero siempre debe ser una parte vital del trabajo de su iglesia. Cristo promete aún estar con nosotros para siempre, para fortalecernos en esta labor.

3. Los Cuarenta Días

Durante los cuarenta días que median entre su resurrección y su ascensión, Jesús se

ocupó en enseñar a sus discípulos "acerca del Reino de Dios" (Hch. 1:3). Al concederles el don del Espíritu Santo, Jesús les capacitó para comprender el significado de sus palabras, y les preparó para predicar a Cristo como Mesías.

Tal como él mismo había sido bautizado con el Espíritu Santo, al principio de su ministerio, así sus discípulos tendrían también el mismo bautismo al comienzo del ministerio de ellos. La obra de Dios se hace "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos" (Zac. 4:6). Esto se cumpliría en el día de Pentecostés. Jesús instruyó a sus discípulos que esperaran en Jerusalén la venida del Espíritu Santo.

Había un asunto más que inquietaba a los discípulos. Todavía guardaban en sus corazones las ideas tradicionales judaicas sobre la venida del Mesías. Esperaban aún que Jesús estableciera un reino político, y le preguntaron, "Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? (Hch. 1:6). Jesús no les dio un NO categórico por respuesta. En vez de esto les recordó que tales cosas pertenecen a la autoridad del Padre. Que no toca a los hombres saber sobre ellas. Deberían más bien poner su interés en esperar la venida del Espíritu Santo, de quien recibirán poder para llevar el evangelio de Cristo hasta los fines de la tierra.

4. La Ascensión

Cuando se cumplieron cuarenta días, Jesús llevó a sus discípulos fuera de Jerusalén, a un lugar cerca de Betania, "y alzando sus manos, los bendijo" (Le. 24:50). Estando en este acto, comenzó a ascender. Los discípulos vieron cómo se fue elevando hasta que una nube le ocultó de su vista. Se quedaron atónitos por lo que habían presenciado, hasta que dos ángeles interrumpieron sus pensamientos y les preguntaron, "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hch. 1:11).

¿ Qué significado tuvo la ascensión de Cristo para sus discípulos, y qué significa para nosotros hoy? Significa que él ya envía el Espíritu Santo a morar en nuestros corazones. Significa que ya está a la diestra del Padre, desde donde intercede por nosotros y gobierna el universo entero. Significa que está presente con todo su pueblo en todas partes. Y significa también, que vendrá otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos, y a llevarlos a estar con él para siempre. Aunque tal vez hubiéramos deseado ver a Jesús mientras estaba sobre la tierra, en realidad ahora gozamos más de él, ya que ha ascendido al cielo (Jn. 16:7).

CAPITULO 28 TOME OTRO SU OFICIO

Léase Hechos 1:12-26.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué hicieron los discípulos entre la ascensión y Pentecostés?
2. ¿Cuáles fueron los requisitos y las responsabilidades del apostolado?

Introducción

Jesús había dejado a sus discípulos. Le habían visto ascender al cielo. Sabían que él ya no estaría entre ellos como lo había hecho después de su resurrección. Pero los discípulos no

estaban tristes por la ascensión de Jesús. Cuando le vieron morir sobre la cruz, sí quedó tambaleante su fe. Pero desde su resurrección, Jesús les había fortalecido su fe, y les había instruido sobre el trabajo que debían llevar a cabo. Comprendieron, pues que la ascensión de Cristo era un paso necesario para las cosas maravillosas que pronto sucederían.

1. El Tiempo de Espera

Cuando los discípulos volvieron del monte de los Olivos, donde había tenido lugar la ascensión, a Jerusalén fueron al aposento alto, donde, según parece, era su costumbre reunirse. Probablemente era el mismo cuarto donde Jesús se presentó a ellos vivo por primera vez. Posiblemente fue también el cuarto donde se tuvo la última cena. Aquí se juntaban los once apóstoles, con algunos otros discípulos, incluyendo a la madre de Jesús y a sus hermanos. Los que sostienen que María no tuvo más hijos que Jesús, dicen que estos se refieren a unos primos de Jesús, o a algunos otros parientes cercanos. Sin embargo, no existe ninguna razón para que no podamos pensar que eran sus hermanos. Ellos no habían creído en él durante su ministerio público, pero después de su resurrección, se apareció a su hermano Santiago, y los demás hermanos también llegaron a ser creyentes.

Jesús había dicho a los discípulos que esperasen en Jerusalén hasta que él les enviara el Espíritu Santo. Mientras esperaban, "perseveraban unánimes en oración y ruego" (Hch. 1:14). Estaban siguiendo así el ejemplo del Señor y obedeciendo sus enseñanzas sobre la oración. Pero lo que es más importante, es que por medio de la oración podían mantener comunión con su Señor, a pesar de que él había ascendido al cielo. Este privilegio es nuestro también. Aunque nosotros nunca hemos visto a Cristo en la carne, podemos conversar con él por medio de la oración.

2. La Elección de Matías

Durante aquel período de espera, Pedro se dirigió a la asamblea hablándoles sobre la necesidad de escoger un sucesor para Judas. Esto era necesario no solamente porque Judas hubiera muerto. Cuando mataron a Jacobo (Hch. 12:2) éste no fue reemplazado. Tampoco fueron nombrados sucesores para los otros apóstoles. Judas fue reemplazado porque él había perdido el derecho de su posición al traicionar a Jesús. Pedro citó varios versículos de los Salmos para probar la necesidad de hacer esto.

Aquí Pedro menciona claramente cuáles son los requisitos para ser un apóstol. La elección debía hacerse entre aquellos que habían estado con Jesús durante su ministerio público, y que le habían visto después de su resurrección de entre los muertos. Los apóstoles estaban llamados para ser testigos de Cristo, y debían ser capaces para decir lo que habían visto que él hizo y lo que habían oído de sus enseñanzas.

Este pasaje, pues, nos da una idea de la naturaleza del trabajo de los apóstoles. Como testigos, tenían que establecer la iglesia sobre el fundamento que Dios había puesto, y que era la obra redentora de Cristo Jesús. Ellos irían a todas las naciones predicando el evangelio, ofreciendo la salvación a todo aquel que confiara en Cristo. Esto era sólo una parte de su trabajo. La otra parte de su trabajo se nota en el versículo del Salmo 109 que Pedro citó, "Tome otro su oficio" (Hch. 1:20). La palabra "oficio" significa aquí: "supervisión". A los apóstoles se les había confiado el trabajo de supervisar la obra de la iglesia. Debían establecerla profundamente en cuanto a su organización, así como también en su doctrina. Debían administrar la disciplina, como también los sacramentos. Eran misioneros, pero también eran los líderes de la iglesia. Y en el libro de los Hechos vemos cómo se llevan a cabo las dos fases del trabajo apostólico.

La elección del nuevo apóstol se hizo en una forma muy especial. Primero el grupo examinó a sus miembros, y escogió a dos que llenaban los requisitos. Luego encomendaron el asunto a Dios en oración, y echaron suertes para ver cuál de los dos recibiría este oficio. Esto no es lo mismo que dejarlo a "la suerte". Ellos estaban reconociendo la soberanía absoluta de Dios y dejándole esta decisión a él. Los demás apóstoles habían sido escogidos por Dios; así que el decimosegundo apóstol debería ser escogido por él también.

Matías resultó ser indicado para reemplazar a Judas. De esta manera el número significativo de doce quedó completado de nuevo. Los doce apóstoles correspondían a las doce tribus de Israel (Ap. 21:12-14). El que fue apóstol después, o sea Pablo, no tomó el lugar de Matías. Pablo siempre insistió que su apostolado era diferente al de los doce. Pablo no llenaba los requisitos que Pedro había mencionado, pero sí tenía un llamamiento especial de Jesucristo mismo.

CAPITULO 29 PENTECOSTÉS

Léase Hechos 2:1-42.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué sucedió el día de Pentecostés?
2. ¿Qué explicación dio Pedro sobre los acontecimientos de Pentecostés?
3. ¿Qué resultado tuvo el sermón de Pedro?

Introducción

Jesús había prometido a sus discípulos enviar el Espíritu Santo sobre ellos. Les había dicho que esperasen en Jerusalén el cumplimiento de esta promesa. Pero no les había dicho cuándo vendría el Espíritu. El décimo día después de la ascensión, o sea, 50 días después de la resurrección, y siendo la fiesta judaica de Pentecostés, vino el Espíritu Santo sobre la iglesia de Jesucristo.

1. Las Señales

Los discípulos estaban todos reunidos en el día de Pentecostés, posiblemente en uno de los atrios del templo. En este momento, vino el Espíritu Santo sobre ellos, y su llegada fue anunciada por "un estruendo como de un viento recio" y por "lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos" (Hch. 2:2-3).

Las señales que acompañaron el don del Espíritu tenían función de servir como símbolos de lo que estaba aconteciendo. La relación que hay entre el viento y el Espíritu de Dios era muy conocida. En primer lugar, la palabra hebrea para "viento" y para "espíritu" es la misma. Jesús había dicho a Nicodemo, "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquél que es nacido del Espíritu" (Jn. 3:8). No había ningún problema para los judíos para relacionar el sonido como de un viento fuerte con la venida del Espíritu.

Las lenguas de fuego también eran símbolos de la venida del Espíritu. Juan había profetizado acerca del Mesías, que "El os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11). Así

que al ver las lenguas de fuego, junto con el sonido del viento, posiblemente se acordaron de la profecía de Juan el Bautista.

Cuando vino el Espíritu Santo sobre los discípulos, se manifestó una señal más: todos comenzaron a hablar en lenguas. Algunos han interpretado esto diciendo que cada quien oía como si ellos estuvieran hablando en la lengua nativa de cada uno. Pero esto no cuadra con el relato en Lucas. El Espíritu Santo descendió sobre los que hablaban, y no sobre los oyentes. Lucas claramente dice que "comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hch. 2:4). Los discípulos de repente adquirieron la facilidad de hablar en idiomas que nunca habían aprendido, y hablaron palabras dadas por el Espíritu Santo.

Las señales del viento y del fuego atrajeron a la gente. La facilidad que tuvieron estos galileos, no educados, para hablar en diversas lenguas mantuvo el interés de muchos curiosos, además de atraer a otros a la concurrencia. Al extenderse la noticia de este extraño acontecimiento, la multitud que rodeaba a los discípulos creció hasta varios miles de oyentes. La mayoría quedó impresionada, pero no faltaron quienes se burlaran de los discípulos, diciendo que estaban ebrios.

2. El Sermón

Cuando se hizo este cargo de ebriedad, Pedro, el portavoz del grupo, inmediatamente se puso de pie y respondió. Probablemente habló en griego, idioma que todos podrían entender. Comenzó por contestar a esta acusación, y dijo que era falso, ya que la hora era aun muy temprana como para que toda esta gente estuviera ebria. Luego procedió a dar la explicación verdadera: que esto era el cumplimiento de la profecía de Joel de que en los días postreros Dios derramaría su Espíritu sobre toda carne. Los judíos entendieron la frase "los días postreros" como refiriéndose a la época cuando Dios cumpliría sus repetidas promesas de bendición y del establecimiento de su reino. En el Nuevo Testamento constantemente se usa este término para designar el período que media entre la primera y la segunda venida del Señor Jesucristo. Esto quiere decir que Jesús inició (o, hizo llegar) estos "días postreros" que tanto se esperaban por el pueblo.

Es precisamente esto lo que señala el sermón de Pedro. El hace memoria al pueblo del ministerio maravilloso de Jesús de Nazaret. Les recuerda también que ellos fueron los responsables de la muerte de Jesús. A pesar de que Dios había planeado desde la eternidad cómo se llevaría a cabo la muerte redentora de Cristo, los judíos fueron los responsables por entregarlo a manos de los romanos para su ejecución.

Jesús había dicho ser el Hijo de Dios. Los líderes de los judíos habían condenado a Jesús porque rechazaron este aserto. Más Dios había invertido el veredicto del Sanhedrín. Al levantar a Jesús de entre los muertos, quedó definido "que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hch. 2:36).

3. Los Resultados

Esta presentación de cómo Dios había recibido y glorificado a Jesús, a quien ellos habían rechazado, alcanzó a todos los corazones de los oyentes de Pedro. Inmediatamente aceptaron su culpa ante Dios por el rechazo de Jesús. Reconocieron que sus almas peligraban, y fueron convencidos de su pecado.

Pero la mira de Pedro no era la de hacerles sufrir. Les hizo conocer su estado de miseria, porque quería mostrarles el camino de salida. Por lo tanto, cuando ellos le preguntaron, "Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch. 2:37), Pedro pudo contestarles sin vacilación, "Arrepentíos, y

bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch. 2:38).

La respuesta al sermón de Pedro fue algo sorprendente. Este día, unas tres mil personas mostraron su arrepentimiento y su fe, y recibieron la señal del bautismo. Este sermón probablemente produjo un mayor número de discípulos que Jesús había ganado a través de todo su ministerio público. Sin duda esto trajo a la mente de los discípulos la promesa de Jesús, de que ellos harían obras mayores que las que le habían visto hacer a él.

Aquellos que se convirtieron en el día de Pentecostés, se agregaron al grupo original de cristianos. Pasaron mucho tiempo juntos, aprendiendo la verdad de Dios compartida por los apóstoles, gozando de la comunión con los de la misma fe, compartiendo la presencia de Cristo en la Santa Cena, y participando en servicios públicos de oración. Los primeros discípulos aprovecharon con toda amplitud los medios de gracia, y recibieron la gracia de Dios. Si nos maravillamos del poder de la iglesia primitiva, no debemos olvidarnos que lo gozaron porque usaron los medios que Dios había ordenado. Nosotros también, podemos gozar de las riquezas de la gracia divina si fielmente usamos los medios que él nos ha dado, y que son: la Biblia, los sacramentos, la comunión con otros cristianos y la oración.

CAPITULO 30 EN EL NOMBRE DE JESUCRISTO

Léase Hechos 3.

Preguntas de Preparación

1. ¿Qué milagro hicieron Pedro y Juan?
2. ¿Por qué a muchos les llamó esto la atención?
3. ¿Cuál fue el principal punto del discurso de Pedro?

Introducción

El Espíritu Santo vino sobre los discípulos en el día de Pentecostés. Jesús les había prometido que recibirían poder del Espíritu cuando hubiese venido. Este poder fue manifestado de inmediato al hablar ellos en lenguas. En los días después de Pentecostés, no tardó en manifestarse el poder del Espíritu Santo mediante los milagros obrados por los apóstoles. Esto sirvió para demostrar a los judíos que el mismo poder que Jesús de Nazaret había tenido y había usado durante su ministerio público, ahora había sido transmitido a los apóstoles que hablaban en su nombre. Este capítulo trata del primero de estos milagros.

1. El Milagro

La curación del mendigo cojo llamó la atención de muchas personas por varias razones. Primeramente, porque fue hecho en público; o sea que curaron al hombre en una de las entradas principales del templo, al llegar ellos para la adoración. Como sucedió que muchos otros iban llegando al mismo tiempo y con el mismo propósito, fueron muchos los que le vieron saltar de gozo y que le oyeron alabar a Dios. El cojo sanado entró al servicio en compañía de Pedro y de Juan. Después del culto, al salir ellos del templo, se les congregó una gran multitud.

En segundo lugar, nadie podía dudar de que se hubiera hecho un milagro. Todos sabían

que este hombre era cojo de nacimiento, y que por muchos años había estado pidiendo limosnas en la misma puerta del templo. Su curación no podía ser un truco planeado por los discípulos. Era obvio que algo grande habían hecho Pedro y Juan.

En tercer lugar, la curación del cojo, estaba vinculada con las promesas del Antiguo Testamento. En Isaías 35, un capítulo que presenta las bendiciones de la época venidera, hay una promesa que reza, "Entonces el cojo saltará como un ciervo" (Is. 35:6). Los judíos relacionaban estas promesas con la venida del Mesías. Cuando Juan envió mensajeros a Jesús contestó, "Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan" (Mt. 11:4-5). Las obras de sanidad que hizo probaban que él era el Cristo (Jn. 20:30-31). Y ahora, Pedro y Juan, al sanar al cojo demostraron que estaban continuando la obra de su Maestro.

2. El Mensaje

Cuando se juntó un crecido número de curiosos en torno a Pedro y a Juan y al hombre que ellos habían curado, Pedro aprovechó la oportunidad para hablarles. Les aseguró que no fue por el propio poder de él, ni el de Juan que este hombre había sanado, sino por el poder de Jesucristo. A pesar de que los judíos habían entregado a Jesús en manos de los romanos, y habían insistido en su muerte cuando Pilato quería soltarlo, Dios había glorificado a Jesús resucitándolo de los muertos. Fue a través del poder del nombre de Jesús y mediante la fe en ese nombre, como el cojo fue curado. De esta manera los discípulos demostraron que Jesús era el Cristo, y comprobaron que las profecías acerca de los sufrimientos del Cristo habían sido cumplidas en él.

Luego Pedro llamó a la gente al arrepentimiento. A pesar de que habían crucificado al Cristo por ignorancia, la responsabilidad delante de Dios siempre era de ellos. Pero si se arrepentían, Dios les enviaría tiempos de refrigerio (v. 19) ; las bendiciones prometidas para la época venidera les serían dadas a ellos. Y estas bendiciones se verían coronadas por la segunda venida de Cristo. David había profetizado del Cristo, "Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Sal. 110:1). Cuando esto se haya logrado por medio del extendimiento del evangelio, entonces se llegarán "los tiempos de la restauración de todas las cosas" (Hch. 3:21), y Cristo volverá. Esta es la bendición cumbre que Pedro ofreció a los judíos. Pedro no sugirió que el arrepentimiento de Israel hubiera cerrado la puerta del evangelio para los gentiles. En realidad, era que un arrepentimiento nacional de parte del pueblo israelita habría apresurado este extendimiento del evangelio.

Pedro describió entonces a Jesús en las palabras de una de las primeras profecías sobre él —las palabras de Moisés en Dt. 18: 15 y 19. En este pasaje se presenta al Mesías como el profeta más grande, quién habría de hablar con autoridad absoluta. Tal como Moisés había traído la palabra de Dios al Israel de la generación suya, así también este gran profeta habría de traer la palabra de Dios a todos los pueblos. Y este gran profeta no era otro sino Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. "Dios habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (He. 1:1-2).

La gente a quien Pedro estaba hablando era descendiente de los profetas y herederos del pacto que Dios hizo con Abraham. Por lo tanto, fue a ellos a quienes Dios envió primero a su Hijo a llamarlos para que se conviertan de sus pecados a él.

CAPITULO 31

NO PODEMOS DEJAR DE DECIR

Léase Hechos 4:1-31.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cuál fue la causa del arresto de Pedro y de Juan, y cuál fue el resultado?
2. ¿En qué problema se vio el Sanhedrín?
3. ¿Qué actitud tomaron los discípulos frente a la persecución?

Introducción

La curación del cojo y la predicación de Pedro en aquella ocasión, provocaron la primera persecución de parte de los líderes judíos. Esto era inevitable, que sobreviniera la persecución. Jesús había dicho a sus discípulos que el mundo los odiaría tal como le había odiado a él. Esta lección muestra que la persecución no tardó en llegar.

1. El Arresto

Estaba predicando Pedro en el pórtico del templo, cuando fue interrumpido por un grupo de sacerdotes, de saduceos y por el jefe de la guardia del templo. Estaban airados, especialmente los saduceos, al oír lo que Pedro estaba diciendo, puesto que no creían en la resurrección. Y el hecho de que él estuviera enseñando acerca de la resurrección de Jesús, a quien estos hombres habían condenado y sentenciado a muerte los hacía que se enojaran aún más. Por esto arrestaron a Pedro y a Juan y los enviaron a la cárcel hasta la mañana siguiente.

Estos líderes podían arrestar a Pedro y a Juan, más no podían detener la obra del Espíritu de Dios. Las palabras de los apóstoles juntamente con el milagro que habían hecho, convencieron a muchos. Estos creyeron en Jesús y se unieron a los discípulos. Al concluir el sermón de Pedro, el número de creyentes ascendía a los 5.000 hombres, además de las mujeres y niños.

2. El Juicio

A la mañana siguiente Pedro y Juan fueron citados a comparecer ante el concilio, el mismo tribunal que había condenado a su Maestro. La familia sumo sacerdotal estuvo representada por lo menos por cuatro personas, lo cual muestra la importancia que los mismos líderes daban al asunto. Pensaron que habían acabado con Jesús de Nazaret cuando obtuvieron su crucifixión; pero ahora seguía el problema de sus discípulos. La situación, lejos de mejorarse, había empeorado. Y preguntaron a los discípulos, "¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto? (4:7).

Jesús había dicho a sus discípulos, "Pero cuando os trajeren para ser entregados, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo" (Mr. 13:11). Y justamente así fue. Pedro fue "lleno del Espíritu Santo" (Hch. 4:8), y habló con toda libertad al Sanhedrín acerca de Jesús. Declaró que había sido el poder de Jesucristo el que había sanado al cojo; que Dios había resucitado a Jesús de los muertos; y que Jesús era el único en quien los hombres podían tener salvación.

Los líderes de los judíos se maravillaron ante esta demostración de valor de aquellos pescadores iletrados. Los hicieron salir y conferenciaron acerca de lo que debían hacer. Se enfrentaban al dilema: no podían negar que el cojo había sido sanado; pero tampoco podían permitir esta predicación en el nombre de Jesús. Así que todo lo que pudieron hacer fue decirles

a Pedro y a Juan que no se les permitía predicar en el nombre de Jesús.

Algunas veces podemos aprender mucho de lo que los hombres no dicen. Deberíamos advertir que el Sanhedrín no hizo el intento de refutar la afirmación de Pedro de que Dios había levantado a Jesús de entre los muertos. Si hubieran podido echar por tierra tal aserto, su problema se habría resuelto por completo. Su silencio indica que estos enemigos de Jesús eran incapaces para refutar la enseñanza de los apóstoles acerca de la resurrección de Jesús.

Cuando se les informó a Pedro y a Juan de la decisión del concilio, con todo respeto, pero a la vez decididamente, contestaron que no podían aceptar el fallo. Se veían obligados a escoger entre la obediencia a Dios o la obediencia a los hombres.

Obedecer a los hombres sería pecado. Pedro y Juan manifestaron que su deber era declarar aquellas cosas que ellos habían visto y oído.

Los integrantes del concilio naturalmente se molestaron con este desafío abierto; pero no podían hacer nada. Todavía tenían el dilema frente a ellos. Así que, con nuevas advertencias soltaron a Pedro y a Juan.

3. Los Discípulos

Pedro y Juan, viéndose en libertad, regresaron con los otros discípulos para informales de los acontecimientos. Los cristianos se unieron en oración, y pidieron a Dios que él les diera valor para sufrir la persecución, y que continuara él las señales y maravillas que había estado obrando por medio de ellos. Mientras oraban aún, fueron contestadas sus oraciones. Dios envió su Espíritu Santo, quien llenó a los discípulos. Su venida fue manifestada nuevamente con señales. El lugar donde estaban reunidos tembló, y comenzaron inmediatamente a predicar la palabra de Dios con denuedo (4:31).

Esta primera persecución no fue muy severa. Quedaba por venir una persecución mucho mayor para la iglesia primitiva. Pero los creyentes se enfrentaron a la situación en la manera correcta. Confiaron en Dios y buscaron en él la fuerza necesaria. Por lo tanto, estaban preparados para persecuciones mayores.

CAPITULO 32

DE UN MISMO CORAZÓN Y DE UNA MISMA ALMA

Léase Hechos 2:43-47; 4:32-37. »

Preguntas de Preparación

1. ¿Cuáles fueron las características de la iglesia primitiva?
2. ¿Qué clase de comunismo se practicó en la iglesia primitiva?

Introducción

La iglesia primitiva creció en una forma sorprendente. En las primeras horas del día de Pentecostés sólo eran unos 120 los cristianos en Jerusalén, y después de la curación del mendigo cojo había más de 5.000. ¡Esto fue algo fenomenal! Naturalmente, a nosotros nos gustaría saber más sobre esta época en la vida de la iglesia. Lucas nos provee con algunos datos, que aunque breves, sirven para mostrar cuál fue el efecto del evangelio en las vidas de aquellos que creyeron.

1. El Poder de los Apóstoles

El Salvador había nombrado a los apóstoles como embajadores suyos. Les había llamado, y les había dado la autoridad para que fuesen sus representantes ante los hombres. Ellos eran el núcleo alrededor del cual la iglesia creció. Sobre sus hombros recayó la tarea de testificar de Cristo, y la de establecer y levantar la iglesia. A grandes rasgos, desde luego, la iglesia primitiva sería lo que los apóstoles fueran.

Cristo había prometido dar a los apóstoles poder, por medio del Espíritu Santo. Esta promesa se cumplió en el día de Pentecostés; pero no terminó allí esta manifestación. Aún después del día de Pentecostés, los apóstoles continuaron dando muestras del poder del Espíritu Santo, tanto en su osadía y claridad de testimonio, como en los milagros que realizaron. Este ministerio tan lleno del Espíritu Santo, fue la base sobre la cual se levantó la iglesia.

2. La Unidad de la Iglesia

Una característica muy visible en la iglesia primitiva, fue su espíritu de unidad. Aquellos creyentes fueron personas que habían sentido el amor de Dios en sus vidas. Y donde existe el amor de Dios, tiene que existir el amor hacia el prójimo, y especialmente el amor hacia los que también son de la fe en Cristo. Este amor de la iglesia primitiva se manifestaba a través de la vida y de la adoración armoniosa entre los creyentes.

Había ya miles de cristianos, pero ellos aún mantenían ese deseo de estar juntos para la adoración del Cristo resucitado. Así que se reunían diariamente en uno de los atrios del templo. Además de eso, se reunían en grupos pequeños en las casas de diferentes hermanos, para la celebración de la Santa Cena. Y aunque no podían estar todos juntos para todas sus actividades, estaban unidos en espíritu y en adoración.

La prueba más clara de este amor del uno para el otro, era que ellos practicaban la comunidad de toda propiedad. Algunos de los hermanos eran pobres. Otros sin duda eran peregrinos de lugares lejanos, que habían venido a Jerusalén para las fiestas, y se habían quedado para aprender más sobre este Jesús. Otros eran de por sí de la clase humilde de la sociedad de Jerusalén. Y todos éstos pronto llegaron a ser personas necesitadas, mayormente porque dedicaban tanto de su tiempo a la adoración y al compañerismo cristiano. El espíritu reinante de unidad tuvo tanta fuerza en esos días, que aquellos que tenían propiedades no las consideraron exclusivamente suyas. "Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas comunes" (Hch. 2:44). Muchos vendieron sus bienes y dieron el dinero a los apóstoles para repartirlo entre los necesitados.

Algunos han llamado a esto una práctica comunista. Si bien hemos de usar este término, debemos marcar la diferencia que esta práctica que la iglesia primitiva tenía con el comunismo marxista. Puede parecer que los dos sistemas tienen mucho en común pero realmente hay muchas diferencias importantes. Los primeros creyentes reconocían el derecho del individuo para poseer su propiedad; el comunismo moderno niega esto. Los primeros creyentes practicaron su comunismo en una forma enteramente voluntaria; el comunismo marxista lo impone por obligación a todos. Los primeros creyentes simplemente estaban demostrando su amor el uno para con el otro, ayudando al hermano necesitado; el comunismo marxista busca la solución de todos los problemas del mundo por medio de una repartición equitativa de la riqueza. Sobre todas estas diferencias, debemos añadir que el comunismo moderno niega a Dios. Ha sido la causa de muchos males en el mundo. Pero ninguno de estos males resultó de lo que se practicaba en la iglesia primitiva.

3. La Iglesia y el Pueblo en General

En aquellos primeros días, la iglesia no tenía nada que temer del pueblo judío. El milagro de Pentecostés había dejado una impresión honda de asombro y aún de temor. Aún aquellos que no habían aceptado el evangelio, se veían afectados por él.

Muchos fueron tocados en sus corazones por la predicación de los apóstoles. No fue solamente en los días especiales como el de Pentecostés o el día que fue sanado el mendigo cojo, cuando el Espíritu Santo tocó los corazones de muchos. Por el contrario, era una experiencia diaria la de personas que confesaban su recién nacida fe, y que deseaban entrar en la comunidad de los creyentes.

CAPITULO 33 ANANIAS Y SAFIRA

Léase Hechos 5:1-16.

Preguntas de Preparación s',

1. ¿Cuál fue el pecado de Ananías y Safira?
2. ¿Por qué fue tan drástico el castigo de ellos? '

Introducción

El cuadro que presenta Lucas de la iglesia primitiva es de algo casi ideal. El ser llenos del amor cristiano y el poder presentar el evangelio con poder, constituyen la meta que toda iglesia aspira alcanzar. Sin embargo, nuestras iglesias nunca son perfectas, y así fue en el caso de la iglesia primitiva. Satanás no solamente ataca desde afuera a la iglesia, sino que trata de destruirla desde adentro también.

1. El Pecado de Ananías y Safira

Satanás atacó a la iglesia por medio del pecado de Ananías y Safira. Debemos entender bien en qué consistió este pecado. No era únicamente un asunto de egoísmo. Ellos no tenían ninguna obligación de vender su terreno; y habiéndolo vendido, tampoco tenían que haber traído el dinero a la iglesia. No les podemos acusar de robo, puesto que el dinero era de ellos.

Pedro les acusó de mentir a Dios y de tentar al Espíritu de Dios. ¿Qué significa esta acusación? Lucas, precisamente antes de hacer el relato de Ananías y Safira, cuenta de la donación que había hecho José Bernabé. Probablemente lo cuenta porque esto mostró verdadero sacrificio y generosidad. Aunque Bernabé no lo haya hecho con ese propósito, probablemente hizo que los otros cristianos hablaran bien de él. Ananías y Safira quisieron, aparentemente, tener la misma fama de Bernabé, y ser tenidos como miembros de mucha estima en la iglesia. Pero también quisieron lograr esta posición con el menor costo posible. Por eso acordaron decir que el terreno se vendió en un precio más bajo que el verdadero. O sea, que fueron unos hipócritas. Lo que buscaban era dar una apariencia de mayor piedad y devoción que la que tenían. Posiblemente habrán pensado que solamente querían impresionar a los hombres, pero estaban jugando con las cosas de Dios. Estaban ofreciendo a Dios una ofrenda que no era digna de él, estaba pues manchada por la mentira.

2. Su Castigo

El castigo que Dios hizo caer sobre estos dos pecadores puede parecer duro en lo externo. Si Dios llegara a castigar con la muerte a todos los hipócritas, nuestras iglesias hoy en día se verían muy reducidas en su membresía. Si Dios nos llegara a castigar con la muerte porque dimos dinero que en verdad nos hubiera gustado guardar para nosotros, muchos no estaríamos aquí ahora. ¿Por qué, pues, castigó Dios a Ananías y a Safira en esta forma?

Debemos recordar que aunque la iglesia había crecido rápidamente, aún era muy pequeña. No era sostenida ni protegida por el estado. Pronto habría de encarar una grande persecución. Su única fuerza sería su pureza. La presencia de hipócritas dentro de la iglesia, la debilitaría. Por lo tanto, Dios castigó a Ananías y a Safira con la muerte, a fin de defender a la iglesia de los hipócritas, y así hacerla más fuerte como para resistir a la persecución.

3. El Efecto

El castigo tuvo el efecto deseado. Aunque los apóstoles continuaron sus obras milagrosas, y los creyentes se reunían diariamente en el templo, en el pórtico de Salomón, pero "de los demás ninguno se atrevía a juntarse con ellos" (5:13). Así que ninguno cuyo corazón no hubiera sido verdaderamente tocado por el Espíritu Santo, quiso entrar a la iglesia para compartir con ellos de la buena fama que gozaban con el pueblo en general. Lo que había sucedido a Ananías y a Safira desanimó a cualquier hipócrita consciente de unirse con los creyentes. Sin embargo, aquellos que sí fueron de veras convertidos, entraron en este compañerismo, "gran número así de hombres como de mujeres" (Hch. 5:14).

Los que eran creyentes pudieron ver no solamente el juicio de Dios, sino también su misericordia. La manera en que relata Lucas de cómo ellos trajeron a sus enfermos a los apóstoles, trae a la memoria las multitudes de enfermos que fueron traídos a Jesús. Y los apóstoles curaron a todos. He aquí nuevas evidencias de que la obra de Jesucristo se estaba continuando a través de los discípulos. Y he aquí también un recordatorio de aquel Dios que había castigado a Ananías y a Safira, era también un Dios misericordioso. Mientras era importante que la pureza de la iglesia se mantuviera, era también necesario que el ministerio de la iglesia acentuara el amor de Dios.

CAPITULO 34 ES MENESTER OBEDECER A DIOS

Léase Hechos 5:17-42.

Preguntas de Preparación

1. ¿Cómo se demostró el poder de Dios después del arresto de los apóstoles?
2. ¿Por qué fueron azotados los apóstoles, y no muertos?

Introducción

El Sanhedrín había amonestado a Pedro y a Juan a que cesasen toda predicación en el nombre de Cristo Jesús. Mas bien eran los saduceos, y especialmente los jefes de los sacerdotes, los que se disgustaron más porque se estaba predicando la resurrección de Cristo. Estaban decididos a detener este movimiento que proclamaba que Jesús era el Cristo. Pero los apóstoles

continuaron predicando el evangelio. Si su predicación hubiera obtenido poca respuesta entre el pueblo, posiblemente los saduceos hubieran podido hacer caso omiso a la desobediencia de los apóstoles. Pero no fue así; la influencia de los apóstoles se hacía cada vez mayor. Las multitudes que se acercaban a los apóstoles aumentaban en número, conforme continuaban éstos sus obras de curación. Al fin, los principales sacerdotes y los saduceos ya no podían soportar más, y ordenaron la aprehensión de los apóstoles.

1. Entrando y Saliendo de la Cárcel

Los apóstoles fueron aprehendidos y echados en la cárcel común. A la mañana siguiente serían juzgados. Pero esa noche Dios intervino. Envío un ángel que los libró de la cárcel, y les dijo que regresaran al templo y siguieran predicando el evangelio. Llegada la mañana y estando el Sanhedrín en sesión, el sumo sacerdote mandó traer a los prisioneros. Pero los prisioneros no estaban en parte alguna aunque todo lo demás en la cárcel estaba en orden. Los sacerdotes deben haber pensado que entre los guardias había simpatizadores secretos de los apóstoles. Y luego cuan grande fue su sorpresa al recibir la noticia que los prisioneros escapados estaban de nuevo en el templo predicando a la gente. Mandaron a la guardia a traerlos. Pero tenían que actuar con cuidado, pues la gente estaba a favor de los apóstoles. Si éstos hubieran resistido, tal vez no se les hubiera podido arrestar. Mas los apóstoles con toda calma acompañaron a la guardia hasta la sala del concilio.

Al ser presentados los apóstoles ante el sumo sacerdote éste les preguntó cómo se atrevían a desobedecer la orden que habían recibido. Y la respuesta fue la misma que en el caso anterior. Estos hombres estaban comprometidos a obedecer a Dios. No había ninguna reglamentación humana que los pudiera obligar a ir en contra de sus conciencias y del mandamiento específico de Dios. Nuevamente se escuchó en el Sanhedrín el testimonio de los apóstoles en el sentido de que Dios había exaltado a Jesús a quién ellos habían condenado. Los discípulos habían sido testigos de la exaltación de Cristo, y el Espíritu Santo de Dios también estaba dando testimonio de Cristo, llenando con su poder a aquellos que confiaban en Cristo.

2. Gamaliel

Este testimonio audaz de parte de los apóstoles ofendió tanto a los saduceos que ya estaban dispuestos a matarlos en el momento. Pero los saduceos, aunque tenían la mayoría en el Sanhedrín, no podían tomar decisiones sin tener el consentimiento de los fariseos, puesto que los fariseos gozaban de mayor popularidad con el pueblo. Especialmente en un caso como este, era necesario tener la aprobación de los fariseos, ya que los prisioneros también gozaban con el favor del pueblo. Gamaliel, uno de los principales entre los fariseos, pidió que los prisioneros fueran retirados, y se dirigió al Sanhedrín.

Gamaliel aconsejó a sus compañeros del concilio a que se abstuvieran de tomar acción alguna en contra de los apóstoles. Su opinión era que sectas como esta, era mejor dejarlas en paz. Si su origen era humano, fracasarían de todos modos. Y si su origen era divino, al estar en contra de ellos sería oposición a Dios. No existe razón alguna para pensar que Gamaliel era un cristiano en secreto o que simpatizaba con las enseñanzas de los apóstoles. Mas bien era un hombre prudente que daba un buen consejo.

El Sanhedrín aceptó la proposición de Gamaliel. Una vez más se les instó a los apóstoles a que no volvieran a predicar en el nombre de Jesús. Y esta vez la amonestación estuvo acompañada de azotes —probablemente los 39 latigazos que era el límite acostumbrado. Pero esto no afectó el ánimo de los apóstoles. Abandonaron el concilio, regocijados de que habían

sido tenidos como dignos de sufrir por Cristo. Entendieron ellos, como Pablo hubo de escribir después, que "por causa de Cristo ustedes tienen el privilegio no sólo de creer en él, sino también de sufrir por él" (Fil. 1:29 V.P.). De modo que ellos continuaron predicando y enseñando acerca de Cristo, tanto en los atrios del templo, como en casas particulares.

CAPITULO 35

SIETE VARONES DE BUEN TESTIMONIO

Léase Hechos 6:1-7.

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué se necesitaron oficiales nuevos en la iglesia?
2. ¿Qué clase de hombres fue escogida?

Introducción

La iglesia primitiva tuvo que enfrentarse no solamente a las persecuciones de los líderes de los judíos, sino también a los problemas que surgieron dentro del grupo cristiano mismo. El primer problema interno fue el pecado de Ananías y de Safira. Fue arreglado rápidamente y con firmeza. Mas no tardó mucho antes de que se levantara otro problema.

1. El Problema

El pueblo judío estaba dividido en dos grupos. Uno era el de los judíos de Palestina, llamados también hebreos. Estos hablaban el idioma arameo y no aceptaban las costumbres del mundo pagano a su alrededor. El segundo grupo era el de los judíos de la dispersión, o sea, los que vivían en los países paganos. Se les llamaba helenistas, o judíos griegos. Hablaban el idioma griego, y adoptaban muchas de las costumbres de los pueblos entre los cuales vivían.

Los hebreos y los helenistas frecuentemente no se llegaban a comprender. Entre los cristianos había de ambos grupos y pronto surgieron diferencias entre ellos. Estas diferencias se presentaron cuando los helenistas se quejaron de que a las viudas de entre ellos no se les estaba atendiendo en la distribución diaria de alimentación y de dinero.

2. La Solución

Este problema inmediatamente les fue presentado a los apóstoles, dado que éstos eran los únicos oficiales que la iglesia tenía.

Esta queja ponía a los apóstoles en una posición muy difícil. Tenían que asegurarse que a todas las viudas se les atendiera equitativamente. Pero para hacer esto por ellos mismos, les tomaría tanto tiempo que ya no podrían darle el tiempo necesario a lo que era su tarea principal, la de orar y predicar el evangelio. Así que pidieron al pueblo que eligiesen siete varones para hacerse cargo de la distribución diaria.

Los apóstoles señalaron ciertos requisitos definidos que cada uno de estos nuevos oficiales debería llenar. Debían ser varones de buen testimonio, para que nadie dudara de su honestidad y buen juicio. Debían ser hombres de sabiduría, puesto que con toda seguridad tendrían que resolver problemas muy serios. Y debían ser hombres llenos del Espíritu de Dios,

porque la obra que llevarían a cabo era obra de Dios.

Estos hombres fueron escogidos por la iglesia y fueron traídos ante los apóstoles, quienes los instalaron en sus Oficios nuevos por medio de la oración y la imposición de manos. A través de las Escrituras, la imposición de manos significa el traspaso de algo. En este caso, los apóstoles están haciendo la transferencia de una parte de la autoridad que Cristo les había dado, a estos hombres quienes tendrían una parte de su obra.

Por los nombres de los siete varones electos, notamos que eran todos del grupo helenista. Uno, Nicolás de Antioquía, era un prosélito, o sea un gentil que se había convertido al judaísmo. Vemos en esta elección de nuevos oficiales el principio de la extensión de la iglesia desde Jerusalén hasta los últimos rincones de la tierra.

3. El Crecimiento de la Iglesia

En Jerusalén, seguía creciendo la iglesia. Había entre sus convertidos muchos sacerdotes. Cuando llegaron a ser cristianos, éstos no abandonaban su sacerdocio, sino que seguían sirviendo en el templo. En esta forma la iglesia en Jerusalén estaba muy ligada al templo y a la antigua religión judía. Pero el vino nuevo no se puede guardar en odres viejos. Tarde o temprano la iglesia y el templo tendrían que tener una separación. Los ritos de la religión judía no eran apropiados para la iglesia del Nuevo Testamento.

CAPITULO 36 ESTEBAN

Léase Hechos 6:8-8:11. ,

Preguntas de Preparación

1. ¿Por qué fue enjuiciado Esteban?
2. ¿Cuáles fueron los puntos principales del discurso de Esteban?
3. ¿Cómo fue muerto Esteban, y cómo se enfrentó él a la muerte?

Introducción

En la lista de los siete varones escogidos para servir a las mesas, Esteban aparece como el primero. Se le describe como "varón lleno de fe y del Espíritu Santo" (Hch. 6:5). Un hombre tal, seguramente que estaba muy ocupado en la obra del Señor. Además de los deberes que tenía por su nuevo oficio, Esteban predicaba y hacía milagros. Y fue este afán de proclamar el evangelio lo que le ocasionó ser el primero de los mártires cristianos.

1. Su Arresto

Conforme Esteban predicaba el evangelio, causaba oposición. Esta oposición vino de los judíos helenistas en varias de las sinagogas, incluyendo los de la sinagoga de "los libertos" que probablemente eran esclavos libertados, o sus descendientes. Cuando no pudieron dominarle por medio de argumentos, le trajeron ante el concilio.

Los enemigos de Esteban se las arreglaron para que hubiesen varios acusadores en contra de Esteban, alegando que "le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios" (6:11). Aunque estas personas eran testigos falsos no acusaron a Esteban de cosas que no hubiera

dicho. Si así hubiesen hecho, Esteban hubiese negado las acusaciones. Mas bien torcieron sus palabras para darle un sentido muy diferente a lo que Esteban quería. Fue en esta forma como le acusaron de oponerse a la ley y al templo.

Esta acusación en contra de Esteban es muy semejante a la que se hizo a Jesús cuando éste compareció ante el Sanhedrín. Esto indica que Esteban predicó el mismo mensaje que su Maestro. Los demás discípulos también lo hicieron, pero parece que fue Esteban el que vio con más claridad que el evangelio de Cristo exige cambios radicales en la adoración y en la vida del pueblo de Dios. Por cuanto él manifestaba esto con toda claridad, fue acusado, mientras que los otros discípulos no lo fueron.

2. Su Respuesta

Esteban no intentó negar la acusación. El contestó a los cargos demostrando que lo que él predicaba era justamente lo que el Antiguo Testamento exigía.

En su respuesta, Esteban trató tres porciones distintas de la historia del Antiguo Testamento. Primero, mencionó el período de los patriarcas (Hch. 7:1-16). Luego, habló de Moisés y la ley (7:17-43). Finalmente, habló del tabernáculo y del templo (7:44-50). Hizo un repaso general de la historia del Antiguo Testamento para probar que no había incurrido en blasfemias en contra de la ley o del templo.

Los enemigos de Esteban le habían acusado de enseñar que Jesús de Nazaret cambiaría las costumbres establecidas por Moisés. Esteban les recordó que cuando Moisés dio a los judíos la ley de Dios, ellos la rechazaron y se alejaron de Dios para servir a los ídolos. Tal como los judíos en el desierto rechazaron a Moisés, así sus descendientes rechazaron a Jesús de quién Moisés había declarado, "Profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí" (Hch. 7:37). Esteban estaba mostrando a los judíos, que al rechazar a Cristo Jesús estaban rechazando también a Moisés.

Para contestar el cargo de que había hablado en contra del templo, Esteban les recordó que hasta los días de Moisés, el pueblo de Dios no había tenido ningún lugar especial para adorar a Dios. Les recordó que, desde los días de Moisés hasta los de Salomón, el pueblo de Dios le adoró en un tabernáculo. Y les mostró que el mismo Antiguo Testamento enseña que "el Altísimo no habita en templos hechos de mano" (Hch. 7:48). El asunto importante no era el templo, sino la adoración verdadera a Dios.

A través de su discurso, Esteban fue recordando a sus oyentes que sus antepasados habían rechazado una y otra vez a los siervos de Dios. Y en su conclusión lo dijo tan claro, que no podía haber confusión. "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos: Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros" (7:51). Esteban no se estaba defendiendo; estaba mas bien atacando, y llamando a su auditorio al arrepentimiento.

3. Su Muerte

Pero su auditorio no sintió el arrepentimiento. Al contrario: se levantaron para acabar con este joven predicador audaz. En sus ojos brillaba el asesinato, mas Esteban no lo veía. En su lugar, él tuvo una visión de Jesucristo a la diestra de Dios. Cuando lo mencionó, las gentes violentamente le sacaron de la ciudad al lugar donde se mataba a los condenados y le apedrearon. Al golpearle las piedras, quitándole la vida, el primer mártir confió su alma a su Salvador y pidió en oración el perdón para aquellos que le mataban.

A este relato de la muerte de Esteban, Lucas añade un comentario que nos prepara para el futuro. "Y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y Saulo

consentía en la muerte" (Hch. 7:58 y 8:1). Aquí se nos presenta por primera vez a Saulo de Tarso, que pronto sería el perseguidor fanático de los discípulos, y que luego llegaría a ser el héroe humano del relato misionero de Lucas.
